



CUENTOS TRANSVERSALES

Saúl Schkolnik



Cuentos transversales

Saúl Schkolnik



Delfin de Color

I.S.B.N.: 978-956-12-1409-5.

11ª edición: enero de 2011.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-1457-6.

12ª edición: enero de 2011.

Dirección editorial: José Manuel Zañartu.

Dirección de arte: Juan Manuel Neira.

Dirección de producción: Franco Giordano.

©2000 por Saúl Schkolnik Bendersky.

Inscripción N°119.453. Santiago de Chile.

Derechos exclusivos de edición reservados por

Empresa Editora Zig Zag, S.A

Editado por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono 8107438, Fax 8107455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización de su editor.

Impreso por RR.Donnellely Chile Ltda.

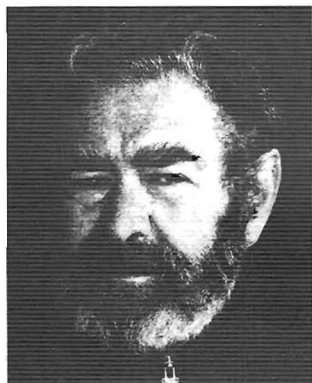
Antonio Escobar Williams 590. Cerrillos.

Santiago de Chile.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	6
MARÍA, LA NIÑA QUE VOLABA.	9
JUGANDO AL 'MONITO MAYOR'	17
EL ALICANTO	23
EL CHANCHITO DE GREDA	29
MANCHA	37
LAS NIÑAS AZULES	41
EL DÍA EN QUE TODO SE DETUVO.	51
UNA PEQUEÑA DISCUSIÓN	63
ALOP, ¿POR QUÉ LLORA LA PRINCESITA?	69
HABÍA UNA VEZ ...	79
LA PIEDRECITA MANCHADA..	83
¿MI PLANTA DE POROTOS?	91
LA VELA	95
EL PRÍNCIPE FLOJO	99
PALABRAS FINALES	108

¿Quién es Saúl Schkolnik?



Saúl Schkolnik nació el 9 de octubre de 1929. Y se define a sí mismo como “escritor, papá y abuelo barbón”. Pero también es arquitecto, licenciado en Filosofía y especializado en Filosofía de las Ciencias.

Le preguntamos cómo llegó a ser escritor. Y nos cuenta: “Había una vez –nos dice– un señor que usaba una gran barba y que era muy serio y bastante gruñón. Tenía tres hijas muy dulces y muy amorosas, a las que cuando eran pequeñas, cada noche les contaba un cuento para que se durmieran. A ellas les gustaban mucho y siempre querían que se los contaran igual. Pero el caballero de barbas, serio y gruñón, se equivocaba y a las dulces niñitas les daba una enorme rabieta y él gruñía enojado. Un día el barbudo señor pensó que sería mejor escribir los cuentos; así no se equivocaría, las dulces niñitas no llorarían y él no gruñiría”.

Y dicho y hecho: escribió los cuentos. Pero sucedió que estos empezaron a pasar de mano en mano, hasta que a alguien se le ocurrió hacer con ellos un libro. Y entonces, ¡oh maravilla! apareció un libro que se llamó Cuentos de por qué. Y así surgió el escritor, amante de unicornios, elefantes, caballos, sapos, zorros y niños, en especial

de los pequeños Demián Alei y Sergei Marcel, con quienes completó cinco hijos.

Sus escritos para niños y adultos proliferaron, hizo del escribir su profesión y publicó numerosas obras. En una de ellas, La leyenda del octavo día, deja ver su interioridad, abierta al amor y al darse a los demás. "Queremos enseñarles a conocer y a conocerse –escribe–, a aceptar y a aceptarse, a apreciar y apreciarse, para que cada vez sean mejores. Queremos compartir con ellos la dicha de crear, la angustia de la duda, el milagro de la esperanza, la libertad y la comprensión".

Más preguntas

Si le preguntamos a Saúl qué es para él escribir, nos responde que "es una profesión; algo a lo cual uno se dedica y de lo cual vive". Y si le pedimos que nos confiese por cuál de sus obras siente algo especial, nos dice que por su novela Antai y que todo lo indígena nuestro lo toca mucho, lo admira. "También por La leyenda del octavo día, un libro bastante desconocido y para adultos".

¿Cuando escribes –le preguntamos– entras en el alma del niño o escribes lo que te gusta? "Escribo pensando en lo que a mí me resulta atractivo y me entretiene –contesta–. Y eso, no porque piense que tengo alma de niño. Yo rechazo eso, porque soy un adulto que no ha perdido la capacidad de juego y asombro, lo que me coloca en igualdad de posición con el niño".

Curiosos, queremos saber a qué juega y cómo lo pasa. "Lo paso bien –nos responde–. Juego a escribir. Juego a viajar por el espacio, a meterme dentro de los objetos, a

hacer diabluras con los personajes. Juego a ser historiador, a hacer poesías...”

Pero también nos interesa saber cómo llegó a los libros. “Desde muy pequeño me estimularon a leer y me regalaron muchos libros. A los 20 años tenía ya una buena biblioteca de ficción e información”. ¿Y cuáles eran los autores que más le gustaban? “Julio Verne, Alejandro Dumas y Jack London” –afirma.

Le preguntamos, además, por sus gustos y aficiones. “Me gusta coleccionar cosas –nos dice–: estampillas, barquitos, unicornios, elefantes y caballos. Me gusta comer y ser flaco. Me gusta la música clásica y los barrocos...”

¿Y las otras artes? “Me gusta todo eso –nos informá–, pero no soy un visitante de galerías, precisamente. Soy muy sentimental, lloro con los finales felices o tristes de las películas. Me gusta mirar edificios; me gusta conversar cosas interesantes...”

Queremos saber cómo se proyecta hacia el futuro y se lo preguntamos.

“Con la necesidad de vivir hasta los 90 años consciente y activo –nos replica alegremente–. Y escribiendo siempre.

Tampoco podemos dejar de saber qué significa para sus hijos el hecho de tener un padre escritor. “Para mis hijas mayores no es nada especial –contesta–. Para Demián es entretenido, pero tiene serias dudas. Me pregunta por qué mejor no hago casas. No es muy fácil responderle”.

Finalmente le preguntamos que más quisiera que se supiese de él. “Que estoy muy contento –afirma–, que soy feliz con lo que estoy haciendo y viviendo”.

María, la niña que volaba

María aprendió a volar a los tres años.

Cuando digo que aprendió a volar, es que...
¡aprendió a volar!

¡No! No es lo que tú estás pensando...

No es que haya aprendido a pilotear un avión,
ni que usara un paraguas en calidad de parapente,
o que su papá la 'hiciera volar' por el aire como
un cohete.

No. Lo que pasó fue simplemente que María
aprendió a volar. Ella solita.

Un día le dieron ganas de volar y se elevó
suavemente por el aire como si fuera una pluma
empujada por el viento. No necesitó agitar los
brazos ni llenar el pecho con aire. Tampoco se

trató de flotar en el aire como un tronco que flota a la deriva en el agua.

¡Entendámonos de una vez!

María voló.

Se elevó por el aire. Pasó sobre el techo de su casa. Se dirigió hasta el arroyo. ¡Qué hermosos se veían los dos sauces desde arriba!

—¡Hola sauces! —les gritó

—Llllvvv lllvvv —le contestaron ellos agitando sus ramas.

Siguió hasta la pequeña huerta en donde sus padres, en ese momento, trabajaban. Y finalmente volvió a volar sobre el techo.

Allí permaneció un largo rato mirando hacia el camino. Vio pasar un camión, un auto, dos carretas y varias personas caminando. Desde allí vio también a las gallinas seguidas de sus pollitos, a la vaca junto al abrevadero, al cerdo retozando en el barro, a unas cabras a lo lejos...

—¡Hola gallinas!, ¡hola vaca!, ¡hola cerdito!
—les gritó.

—Clo, clo... mmmm... grch, grch —le respondieron sus amigos.

En fin, volando, María vio un montón de cosas entretenidas.

Desde ese día, cada vez que pudo, se fue al patio y voló.

Sus papás nunca la vieron y a ella como que no se le ocurrió contarles; volar, para María, era algo tan normal como caminar, comer o dormir.

Pasó el tiempo y el año en que cumplió los seis, la mandaron al colegio.

Pero no había una escuela cerca de su casa, así es que la llevaron a la ciudad a vivir con sus abuelos y allí la matricularon en un colegio.

Hay que decir que a María le costó mucho acostumbrarse a la ciudad. Era muy difícil volar allí pues todo el cielo estaba lleno de cables: de electricidad, de teléfonos, de televisión y de un montón de otras cosas, pero... ¡así es la vida!, como decía su abuela cada vez que se enteraba de algo malo.

Un día, en el colegio, la profesora les habló de los peces que vivían en el agua, de los animales que vivían sobre la tierra y de las aves que volaban.

—¿Alguien tiene alguna pregunta que hacer?—ofreció la maestra.

Casi todos los niños levantaron la mano.

María también lo hizo.

Después de varias preguntas le tocó el turno a María.

—Señorita —preguntó—, ¿los hombres que vuelan son aves?

Las carcajadas de los muchachos se oyeron en todo el colegio.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —se reían sin poder detenerse. Hasta la profesora se puso a reír.

Desde aquel día, la niña no volvió a preguntar nada más acerca de hombres que volaran y tampoco se atrevió a volar, ni siquiera en la casa de sus abuelos.

Unos dos meses después, María jugaba en el patio de su casa cuando, una vez más, le dieron ganas de volar.

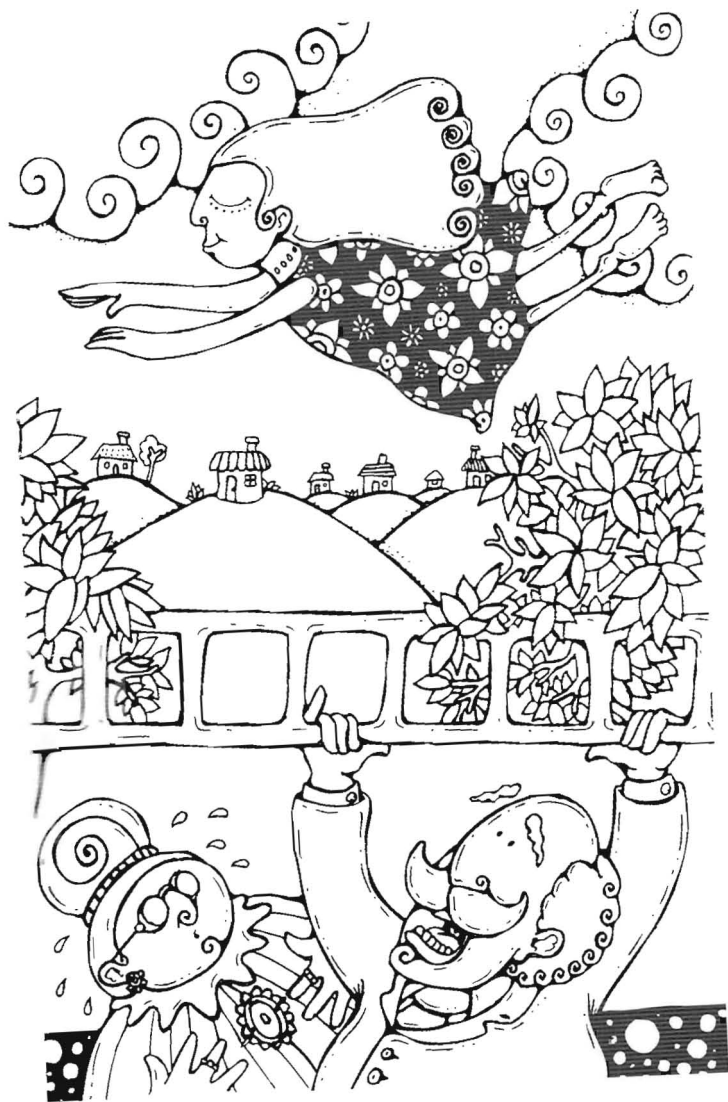
Se elevó por el aire sintiendo ese enorme placer de dejarse llevar por el viento, de rozar las copas de los árboles sintiendo cosquillas en todo el cuerpo, de mirar de cerca a un empeñoso colibrí que aleteaba frente a una flor... Cuando se cansó de volar se sentó en el techo a contemplar la lejana cordillera.

Pero, justo en ese momento, aparecieron los abuelos y...

—¡María! ¿Qué haces ahí, subida en el tejado?

—¡Baja inmediatamente que te puedes caer!

María se dispuso a bajar, volando, por supuesto,



pero cuando los abuelos vieron lo que se disponía a hacer, casi se desmayan de puro susto.

—¡María! ¡Cuidado!

—¡Te vas a caer!

—Espera que traiga una escalera... —le gritó el abuelo, pensando en cómo habría hecho su nietecita para trepar tan alto.

Cuando María estuvo en ‘tierra firme’ junto a ellos, la abuela la hizo prometer que nunca más debía subirse al techo de la casa.

—¡Es demasiado peligroso! —concluyó.

Desde aquel día, la niña no volvió a pensar, siquiera, en volar.

Y dejó de hacerlo.

Pasaron los meses y a María casi se le había olvidado —eso de volar— aquella locura de niña. Ahora estaba por terminar el colegio.

Todos los alumnos, profesores y apoderados se encontraban en el patio central del colegio, en un acto de despedida a los cuartos medios. El director estaba hablando...

—...y es importante para nosotros —decía— que ustedes, jóvenes, sean capaces de hacer lo que

verdaderamente les guste, sin que molesten a los demás, por supuesto...

Y María no pudo sino pensar que lo que a ella le gustaría, sería darse una vuelta, volando, por el colegio, aunque los niños se rieran de ella y aunque sus abuelos la retaran.

Y no lo pensó dos veces.

María volvió a volar.

El director dejó de hablar. Los profesores se alarmaron tremendamente. Los apoderados la miraron con la boca abierta y sus compañeros, sin creer en lo que estaban viendo, se pusieron a aplaudir y a reír y a gritar:

—¿María está volando?

—¡María está volando!

—¡Hip! ¡Hip hurra! ¿Por quién? ¡Por María!...

Jugando al ‘monito mayor’

En un país que no queda ni muy allá ni muy acá, había un huerto con una casa en la que vivían un labriego llamado Rudolfindo y su esposa Ofelia.

También vivían allí sus seis hijos pequeños, cinco gallinas castellanas, cuatro cabras de muy mal genio, tres perros ociosos, dos cerdas gordas y un burro porfiado.

Todos los días, al despuntar el alba, Rudolfindo se levantaba, tomaba un rico tazón de leche de cabra con un pan calentito y salía al huerto llevando bien envuelta la colación que su mujer le había preparado.

Durante la mañana el labriego trabajaba regando árboles y hortalizas, pero sobre todo arrancando malezas pues, ¡no le gustaban para nada las malezas!

—¡Ajá! —exclamaba al encontrar alguna—. ¿Así es que robándose el agua de mis plantas, ah? —y, ¡PLUM!, la arrancaba de un tirón lanzándola en cualquier parte, hasta que el huerto quedaba desmalezado, aunque lleno de hojas y raíces secas.

—Cuando se sequen —aseguraba— abonarán la tierra.

Al llegar la hora del almuerzo sacaba su colación y comía con apetito mientras desparramaba envoltorios y cáscaras y sobras.

Total, pensaba, cuando se pudran servirán de abono.

Y volvía a su trabajo.

A veces venían sus hijos y le ayudaban un poquito, pues eran demasiado pequeños aún.

Generalmente llegaban comiendo alguna fruta cuya cáscara y carozo dejaban, al igual que su padre, tirados por ahí.

Tan mal no le iba a Rudolfindo, sin embargo, tampoco era rico, ni mucho menos.

Aunque no le faltaban alimentos para su familia y sus animales de corral, sobraba poco para vender en la feria que se instalaba los domingos en el pueblo y poder así comprar, a su vez, cosas necesarias para el hogar.

Es que había un problema: ¡Y grave!

Lo que sucedía era que nunca lograba obtener cosechas tan buenas como las de sus vecinos.

Lo peor –le decía a quien quisiera escucharlo– es que sé que se debe a la gran cantidad de basura que esos monos sinvergüenzas tiran en mi huerto y que, por supuesto, impide que mis plantas se desarrollen bien. Sin embargo, lo que no sé –confesaba– es cómo impedirlo.

¿Unos monos?, se preguntarán ustedes.

Así era: ¡Unos monos! Porque resulta que contigo a su huerto había un bosque en el que vivía una bandada de monos muy simpáticos, que se dedicaban todo el día a buscar hojas y frutos que luego comían balanceándose en las ramas.

Hasta ahí todo habría estado muy bien, pero el asunto era que los monos, después de comer arrojaban hojas, ramas, cuescos, cáscaras, en fin, todo lo que les sobraba, y era bastante, al huerto de Rudolfindo.

Sólo al huerto de Rudolfindo, a ningún otro.

Él había utilizado todo tipo de artimañas para espantarlos pero... ¡nada!

Los amenazó...

Sin embargo los monos, en vez de asustarse, lo

remedaron dando saltitos en las ramas. Les lanzó piedras, pero ellos lo imitaron arrojándole frutas.

Con una larga vara intentó golpearlos, pero los monos, imitándolo, cortaron ramas y se dedicaron a golpear el aire.

Bastante desesperado, Rudolfindo decidió pedir consejo a los dueños de los huertos vecinos.

Con este fin organizó una comida al aire libre, ya que en su casa no cabían todos los invitados.

Les ofreció una rica cazuela de gallina preparada por su mujer, y frutas de postre.

Él mismo comió con mucho apetito y comenzó a arrojar, como de costumbre, los huesitos por aquí, los carozos por allá, las cáscaras por acá y los restos por allí, es decir, por cualquier parte.

No obstante, algo llamó su atención: Ninguno de sus vecinos hizo lo mismo.

A pesar de que cada uno de ellos tenía un solo plato de madera, todos hicieron unos montoncitos con sus desechos y, después que hubieron comido, los dejaron en los platos.

—¡Qué raro! —le dijo Rudolfindo al que estaba sentado junto a él—. ¿Por qué dejas eso en el plato en vez de tirarlo al suelo para que sirva de abono a las plantas?

—¡Oh, no! —se extrañó éste—. Si se juntan demasiados desperdicios, las plantas no son capaces de absorberlos y se pudren y echan a perder la tierra.

En ese momento el labriego miró hacia el bosque preocupado porque los monos no fueran a arrojar cosas sobre sus invitados, pero, ¡oh, sorpresa!, esta vez los monos, imitando a los invitados, no arrojaron nada al huerto.

—¡Ajá! —les dijo entonces Rudolfindo a sus vecinos—. Quizás ustedes no se han dado cuenta, pero me han enseñado qué hacer con estos monos a quienes les encanta jugar al ‘monito mayor’, para que no vuelvan a ensuciar mi huerto.

Y, feliz, cuando terminó de comer, juntó todas las sobras en su plato e hizo...

...lo que siempre debería haber hecho.

El alicanto

Había una vez un pueblito muy pequeño ubicado junto al Valle de la Luna.

Era una serena aldea, semejante a las demás aldeas del altiplano: sus casas eran blancas, sus calles empedradas, con pimientos y Algarrobos centenarios creciendo en sus orillas.

En este pueblito vivían tres hermanas: Clara, María y Julia.

Como eran muy pobres, un día la mayor, Clara, le dijo a sus padres:

—Papaítos, a pesar de todo lo que trabajan, el dinero no nos alcanza ni siquiera para comer. Saldré a buscar fortuna.

Y, dicho y hecho, juntó unas pocas cosas y partió. Viajó durante todo un día a través del Valle

de la Luna cruzando aquellos extraños lugares, únicos en todo el mundo, hasta llegar a los pies de un cerro. Allí se recostó para dormir, pero ni bien cerró los ojos, sintió que una luz muy intensa la iluminaba.

Al mirar, vio el ave más hermosa que jamás pudiera haber imaginado. Sus ojos lanzaban un extraño resplandor y desde sus alas surgía una luz que la hacía parecer un fantasma resplandeciente saltando por entre las rocas.

(Déjame decirte que era un Alicanto. Preguntarás: ¿qué es eso?

Has de saber que el Alicanto es un pájaro muy bello. Se alimenta de oro y plata, por eso de sus alas y de sus ojos surgen destellos dorados o plateados.

Habita en pequeñas hendiduras en la montaña y pone un huevo de plata o de oro.)

Y el que la muchacha estaba viendo acababa de comer oro, pues sus ojos y sus alas irradiaban una luz amarilla.

Clara había oído leyendas acerca del Alicanto. Había escuchado decir que si se lo seguía sin que éste se diera cuenta, lo guiaría hasta una veta de oro o de plata.

Por ello, cuando lo vio, de inmediato pensó en hacerse rica sin necesidad de trabajar.

—Sólo debo seguirlo y descubriré una mina —se dijo—. Y tal parece que este pájaro no puede volar pues seguramente acaba de comer. Lo seguiré fácilmente.

Como era muy ambiciosa, no tomó ninguna precaución y persiguió al ave durante un largo rato trepando por la escarpada cuesta. Pero, de pronto...

¡Oh! ¡Ya no estaba! ¿Qué habría pasado?

Lo que sucedió fue que el Alicanto advirtió que lo seguían y no queriendo ser atrapado por esa niña tan codiciosa, plegó sus alas y cerró los ojos quedando sombrío como la noche.

Clara quedó a oscuras. Sólo al otro día la muchacha comprendió que estaba perdida en la montaña.

Pasó el tiempo y como Clara no volvía, María, la segunda, decidió partir también en busca de fortuna.

Marchó durante todo un día. Al oscurecer se detuvo para reposar, pero ni bien cerró los ojos sintió que una luz muy intensa la alumbraba.

Al mirar vio el pájaro más hermoso que jamás pudiera haber imaginado.

(Ni qué decirte tengo que se trataba del Alicanto.)

María también había oído hablar de él, así es que al verlo pensó que podría enriquecerse sin tener que trabajar. Bastaría con cazarlo y descubrir así la mina de oro...

Otra vez la ambición pudo más que la prudencia. María corrió tras el ave intentando pillarla. Pero, de pronto...

¡Oh! ¡Ya no estaba! ¿Qué habría pasado?

Esta vez el ave se había ocultado en una grieta sin dejar el menor rastro. La niña permaneció sin moverse hasta que amaneció. En ese momento descubrió que no tenía la menor idea de dónde se encontraba.

Después de un tiempo Julia, la menor, al ver que no volvía ninguna de sus hermanas, se acercó a sus padres y les dijo:

—Papaítos, nuestra situación es cada día peor. Saldré a buscar fortuna.

Como era decidida, tomó unas cosas para comer, un cántaro con agua cristalina para beber, y se internó en el Valle de la Luna.

Caminó todo un día hasta llegar a los pies de

una montaña. Como era de noche se dejó caer para dormir, pero no había hecho más que cerrar los ojos, cuando de pronto... una potente luz la despertó.

Al mirar para ver de qué se trataba vio el pájaro más hermoso que jamás pudiera haber imaginado.

Por supuesto que Julia también sabía de aquel pájaro.

Así es que, cuando vio el ave, supo que era un Alicanto.

—¡Pobrecito! —se dijo—, no puede volar. Lo ayudaré.

Y acercándose al ave, la acarició, puso junto a su pico el cántaro de agua pura y la observó mientras saciaba su sed. Luego colocó en el suelo las pocas provisiones que había traído y dejó que el ave se las comiera.

Pero justo cuando terminó de hacerlo... ¡Plof!... el pájaro desapareció y Julia se encontró sentada sobre un enorme filón de oro.

Corrió feliz de vuelta a su casa y con la ayuda de sus padres extrajeron una enorme cantidad de oro.

Luego encontraron a las hermanas perdidas y todos fueron muy felices.

El chanchito de greda

Había una vez un chanchito de greda negro, de esos que fabrican las loceras de Quinchamalí.

Tenía la cola enroscada, el hociquito claro, una gran barriga y una ranura sobre el lomo, por la cual su dueño, Diego, a veces dejaba caer algunas monedas.

Porque han de saber ustedes que nuestro chanchito era una alcancía y que se sentía muy orgulloso por eso.

Vivía este señor Chanchito repleto de monedas, sobre una repisa, en la que también había un pequeño macetero que alguna vez compró Diego para tener una planta, pero que luego había quedado completamente olvidado.

El macetero no estaba repleto de monedas. Sólo tenía tierra en su interior, y el señor Chanchito miraba muy en menos, por esa razón, al pobre macetero, a pesar de que ambos estaban hechos de la misma greda.

Junto a ellos vivían, además, la chismosa señora Espejo de Marco Dorado, que siempre estaba diciendo cosas desagradables de los demás; el importante señor Frasco de Perfume Importado, cubierto de vistosas etiquetas, y el muy preciso doctor Reloj de Plata.

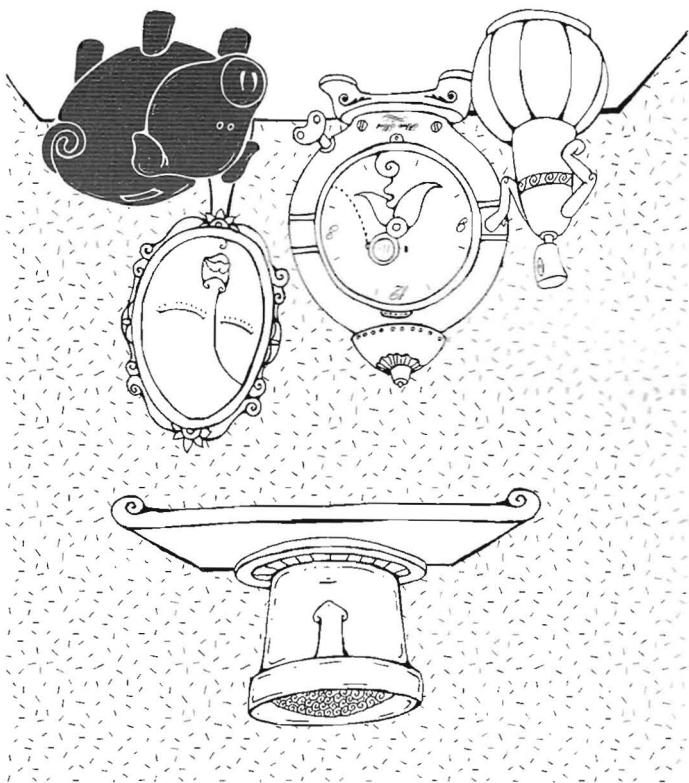
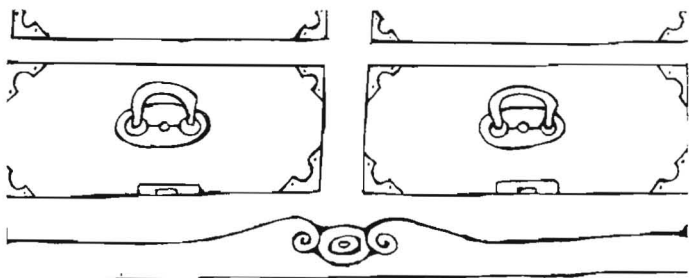
Todos eran muy corteses. Se saludaban por las mañanas, y luego, durante el día, conversaban cambiando impresiones:

—¿Han visto qué desordenada amaneció la señora Cama? —preguntaba la chismosa señora Espejo de Marco Dorado.

—Huelan mi delicioso aroma —decía el importante señor Frasco de Perfume Importado—; es justo lo que necesito para las importantes cosas que tengo que hacer hoy día.

—Estoy más exacto que de costumbre —aseguraba el preciso doctor Reloj de Plata.

—Ayer, el señor Diego volvió a darme otras tres monedas —decía el Chanchito repleto de monedas,



que no quería aparecer menos importante que sus vecinos.

El pobre señor Macetero callaba:
él no era conversador,
no era importante ni preciso,
ni siquiera tenía monedas en su interior,
sólo un poco de tierra...

Nadie le decía nada, y él tampoco nada decía.

Por las mañanas, antes de salir al trabajo, Diego lavaba el espejo con un paño mojado, daba cuerda al reloj, colocaba a veces algunas monedas en la alcancía y ordenaba el frasco de perfume. Al macetero ni siquiera lo miraba.

Y la señora Espejo, el doctor Reloj, y los señores Frasco y Chanchito, estaban absolutamente convencidos de que la única o la más importante obligación de Diego era cuidarlos, y por eso, se limitaban a aceptarlo como algo natural.

Pero sucedió un día que Diego tuvo que salir a hacer un trabajo fuera de la ciudad.

Como iba a ausentarse por más de dos meses, aquella mañana madrugó más que de costumbre, se levantó más apurado, arregló sus cosas, y trató de hacer todo lo más rápidamente posible.

Fue por eso que al colocar el jarro con agua

para lavar el espejo, tropezó, derramando parte de ésta en el macetero.

La tierra se empapó y se humedecieron, así, algunas semillas de Suspiros que alguna vez, sin que nadie lo supiera, habían caído dentro. Entonces las semillas... pero no nos adelantemos, volvamos a nuestra historia.

Diego secó la repisa, terminó de lavar el espejo, arregló el frasco, le dio cuerda al reloj y, tomando el chanchito de greda... ¡¡¡ PUM !!! ...le dio un golpe contra la repisa y le abrió un hoyo en la barriga. Entonces, sacudiéndolo, vació todas las monedas y se las guardó en el bolsillo, dejando al chanchito roto nuevamente sobre el estante.

¡Qué bueno que ahorré este dinero!, se alegró, ¡ahora me vendrá muy bien!

El señor Chanchito de Quinchamalí, muy desconcertado, sin comprender lo que le había sucedido, quedó roto y vacío.

Ese día, durante la conversación, la chismosa señora Espejo de Marco Dorado criticó al señor Mantel por estar muy arrugado y lleno de migas de pan; el importante señor Frasco de Perfume Importado hizo notar que su etiqueta azul decía que él era muy fino; el preciso doctor Reloj de

Plata les recordó que él siempre daba las siete antes de dar las ocho y después de dar las seis.

Pero el señor Chanchito roto no dijo nada. ¿Qué podía decir después de la tragedia ocurrida?

Al siguiente día, el reloj se detuvo. Nadie le dio cuerda, y algo en su interior dejó por lo tanto de funcionar, hizo 'clic' y se detuvo.

Durante la conversación diaria, no sólo el señor Chanchito roto estuvo callado, tampoco el doctor Reloj de Plata sin cuerda abrió la boca. ¿Qué podía decir, si ya no daba ni la hora?

Pasó una semana y el polvo fue cubriendo el espejo. Entonces también la chismosa señora Espejo opaco dejó de hacer comentarios. ¿Qué podía decir, si casi no podía reflejar nada con todo el polvo acumulado?

Y al transcurrir un mes, el poco perfume que le quedaba al señor Frasco de Perfume Importado, se evaporó. Y el señor Frasco vacío también guardó silencio.

Pero, ¿qué había pasado mientras tanto con el pobre señor Macetero, lleno de tierra mojada?

Lo que había pasado, era que las semillas de Suspiro habían germinado y habían nacido tres

robustas matitas de Suspiro llenas de hojas como corazones y de unos enormes capullos, que luego resultaron ser hermosas flores blancas, celestes y azules.

El señor Macetero se sentía feliz.

Pero el señor Chanchito roto, la señora Espejo opaco, el doctor Reloj sin cuerda y el señor Frasco vacío miraban los hermosos Suspiros y se daban cuenta de lo crueles y descorteses que habían sido con el señor Macetero.

Sobre todo, teniendo en cuenta que sin guardarles ningún rencor, sino por el contrario, siendo muy cariñoso con ellos, el señor Macetero rodeó a la señora Espejo con Suspiros azules; colocó un Suspiro blanco en el señor Frasco y otro junto al doctor Reloj; y al señor Chanchito de Quinchamalí lo adornó con flores de todos los colores.

Mancha

Una tarde, un pincel trazó una mancha sobre un pedazo de papel.

Era una mancha muy bonita, sus formas eran suaves como sonrisas y su color brillante como una carcajada.

La mancha, que se llamaba Mancha, se quedó a vivir en el papel.

Se sentía muy cómoda en su casa.

Hasta que un día se aburrió de ser siempre igual y pensó que había muchas cosas que le gustaría ser.

—Oye pincel —le dijo—. ¿Por qué no me haces como la hoja de un árbol?

Y en el papel, el pincel transformó a Mancha en una hoja de árbol.

Claro que las otras hojas lucían colores diferentes al suyo, pero eso, ¿qué importaba?

Claro que las otras hojas estaban agrupadas y se mecían en las ramas con la brisa, mientras que Mancha se hallaba sola y no podía mecerse porque estaba pegada al papel, pero eso, ¿qué importaba?

Claro que las otras hojas se soltaban, caían al suelo y se iban secando hasta quedar tan arrugadas como una arruga...Y eso, ¡sí le importaba a Mancha!, pues no quería ser una arruga de color. Así es que prefirió no ser como la hoja de un árbol.

Mancha se puso a pensar: a ver, ¿qué desearía llegar a ser?

¡Eso es! Se le ocurrió que quería ser como una...

Y le pidió al pincel:

—¿Por qué no me haces como una mariposa?

Claro que las mariposas tienen muchos colores y Mancha tenía sólo uno, pero eso, ¿qué importaba?

Claro que las mariposas se lo pasan volando y Mancha no podía despegarse del papel, pero eso, ¿qué importaba?

Claro que la vida de las mariposas es muy corta.

Y eso, sí le importaba, porque Mancha tenía ganas de vivir durante mucho tiempo.

Entonces le preguntó al pincel:

—Oye, amigo, ¿qué puedo ser?

El pincel dio algunas pinceladas sobre el papel y Mancha apareció como si fuera una torcaza.

Las torcazas son grises y Mancha era de color.

Las torcazas caminan por el pasto y Mancha no caminaba por el papel.

Las torcazas están hechas de carne y hueso... y plumas, mientras que Mancha sólo era un poquito de pintura, pero todo aquello... ¿qué importaba?

A los cazadores les encanta comer torcazas, por eso las persiguen y les disparan y las torcazas tienen que esconderse en los árboles.

Y a Mancha eso sí que le importaba, porque no tenía ganas de salir arrancando ni de esconderse en parte alguna.

Entonces se dio cuenta de lo que quería realmente:

Quería quedarse en su casa, que era el papel, porque allí se sentía muy cómoda, pero, sobre todo, porque con su imaginación podía jugar a ser ¡cualquier cosa!

Las niñas azules

–¡CUIDADO!

–¡AGÁRRENSE FIRMES!

–¡Mira dónde fuiste a bajar!

La pequeña nave espacial, posada... o mejor dicho, mal posada al borde de un precipicio, comenzó a caer sin que sus tripulantes pudieran evitarlo.

Rodó y rodó por la montaña hacia... ¿hacia dónde?... ninguno de los cinco podía decirlo... hacia un destino desconocido.

–Tratemos de controlar esta máquina –dijo Tito, sin perder la calma.

Los cinco amigos se miraron. ¿Asustados? No. Preocupados quizá. Pero no era la primera vez que paseaban por el sistema solar... ¡ni sería la última! ¿Cómo había comenzado la aventura?

Tito había nacido en el satélite Titán, del planeta Saturno. Éste, que era el único satélite con atmósfera del sistema solar, tenía grandes ciudades. Además poseía bases terrestres en los otros ocho satélites del gran planeta con anillos.

Los titanios estaban acostumbrados a volar entre un satélite y otro, en todo tipo de naves espaciales. La que ahora tripulaban se la habían regalado a Tito para su cumpleaños. Él se había ido en ella a pasar las vacaciones, junto a sus amigos. Había pasado a recoger a Gano, en el satélite más grande de Júpiter. Después habían llegado juntos hasta la playa, al sur poniente de América, en uno de los continentes del planeta Tierra, a reunirse con Juan, nacido allí. También fueron a buscar a Vania, de Venus, y a Martita, del planeta Marte.

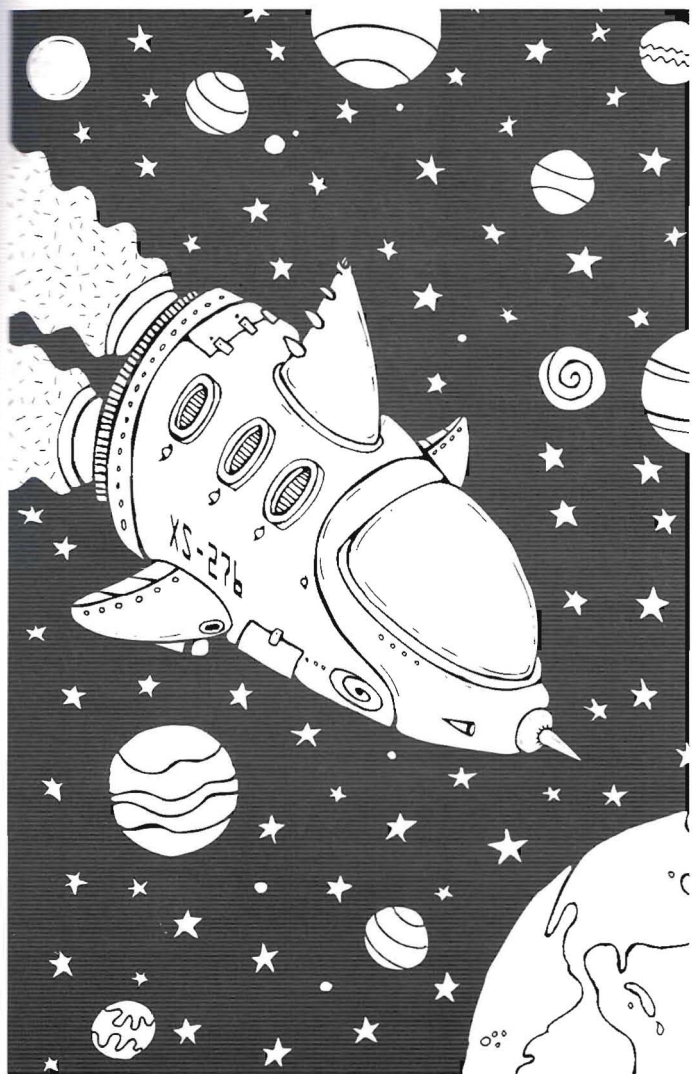
A los pocos días los invitó:

—¿Vamos a conocer la zona de los asteroides?

—¡Ya!

Todos aceptaron felices, corrieron a pedir permiso a sus padres y como se trataba sólo de un corto vaje dentro del sistema solar, no tuvieron ningún inconveniente en conseguirlo.

¡Pero ahora este accidente!



¡Claro que no era muy grave!

La pequeña nave espacial para niños estaba diseñada casi para evitar cualquier tropiezo.

¡Y en este momento las computadoras de la nave tenían uno!

—¡CLANG! —sonó la nave, chocando contra algo duro.

Afortunadamente el último tumbo de la caída dejó a la nave posada sobre sus cuatro ruedas. ¿O fue la computadora quien lo consiguió?

—¡Menos mal! —exclamó Martita—. No me gusta salir de una nave caminando de cabeza.

Todos rieron.

—Me asomaré —dijo Gano, que era el mayor, y comenzó a ponerse su grueso abrigo de piel.

—¡Oye! —se burló Vania—, si aquí no estamos en Ganímedes.

—¿Tú crees que no hace tanto frío? —preguntó Gano, recordando los hielos eternos de su satélite.

—¡Claro que no! —contestó Tito.

—Bueno —aceptó Gano—, no me lo pondré para el frío, sino porque me de la gana —y terminó de ponerse el chaquetón.

Tito se acercó a la computadora y le preguntó:

—¿Se puede bajar en este asteroide?

–Se pue-de ba-jar –respondió la computadora, hablando como computadora–, pre-sión, tem-pe-ra-tu-ra y at-mós-fe-ra per-mi-ten vi-da hu-ma-na.

–¿Qué esperamos? –se apuró Gano, y abriendo la compuerta se largó afuera.

Uno tras otros, todos lo siguieron.

–¡Oh! ¡Esto parece un pueblo!

–¡Qué casas tan bonitas! –admiró Vania.

–¡Pero todas las ventanas son negras! –se extrañó Juan.

–¡Y tienen grandes antenas... parecen de televisión! –descubrió Tito.

–¡Qué raro! ¡Nadie se ha asomado a pesar del choque! –indicó Gano.

–¿Habrán muerto todos los habitantes? ¿Estaremos solos? –se preguntó Martita.

–¿SOLOS? –gritaron asustados-. Enton...

–¡CÁLLENSE RIDÍCULOS! –oyeron que alguien les gritaba desde el interior de una de las casas.

–Parece que no estamos solos –se alegró Vania.

–¿Pero qué extraños seres vivirán aquí? –volvió a preguntar Martita, a quien le encantaban los cuentos de misterio.

–Entremos a verlos –propuso Gano, el más arriesgado.

–No me atrevo, podrían atacarnos –dijo Tito.

–¿QUIEREN CALLARSE DE UNA VEZ?

–oyeron nuevamente.

–No seas tonto, vamos –insistió Gano en voz muy baja.

–Bueno, si quieres toco el timbre –aceptó Tito, hablando también muy bajito.

Se aproximaron a la puerta y, en el momento en que Tito iba a tocar el timbre...

–Jjjjnnnnkkkkk –crujió la puerta, abriéndose sola.

Los cinco amigos dieron un paso atrás.

¿A qué nuevo misterio se enfrentaban?

Entonces, desde adentro, les hablaron:

–¡CHITAS QUE MOLESTAN! –protestó alguien.

–ENTREN LUEGO, QUE ME CANSÉ DE TIRAR EL CORDELITO –dijo otra voz.

–PASEN, PERO NO METAN BULLA –habló una tercera.

–SIÉNTENSE A MIRAR –invitó una cuarta voz.

–SI ESTÁ MU...U...Y ENTRETEN...I...DO!
–repitieron todas las voces con una voz muy aburrida.

Gano, Vania, Tito, Martita y Juan penetraron en la casa. Estaban en penumbras. La puerta se cerró tras ellos, dejando todo aún más oscuro.

Al frente pudieron ver la parte posterior de una máquina: era como una pantalla, y estaba encendida; se veía el resplandor de su luz.

Delante de ella había 'algo' como cinco pequeñas niñas.

—Yo las veo azules —susurró Tito al oído de Juan.

—Yo también — le confirmó éste.

—¡Y tan flaquitas.

—Parecen tallarines.

—¿Estarán enfermas?

—Puede ser, vamos hacia allá —respondió Juan.

Todos se dirigieron hacia las niñas azules.

—¡Están viendo tele! —exclamó Vania en voz alta.

—¡CHIST! —la hicieron callar.

—Aquí tienen galletas —convidó una de las niñas azules —; miren y quédense callados.

Cada cual tomó una galleta y se sentaron a mirar televisión.

Finalmente la película terminó, y una de las niñas azules, estirando la mano, encendió una luz muy tenue.

Sin embargo, eso fue suficiente para que nuestros amigos pudieran verlas mejor.

—¡Hola! —respondió una de ellas.

—¿Cómo se llaman ustedes? —preguntó Juan.

—Yo me llamo TE —respondió una.

—Y yo LE —dijo la segunda.

—Yo VI —dijo la tercera.

—Yo me llamo SI —dijo la cuarta.

—Y yo TAS —exclamó la última.

—¿Y ustedes, cómo se llaman?

Los niños dieron sus nombres.

—¡AH! —dijeron todos, ahora que se conocían.

—Bueno, nos vamos —dijo Gano, por decir algo.

—¡Oh, no se vayan, ya va a empezar la otra película! —afirmó SI.

—Pero, ¿no se aburren de ver televisión? —preguntó Vania.

—Yo me aburrí de tanto estar sentada —afirmó Martita.

Las cinco niñas azules la miraron extrañadas.

—¿Y qué otra cosa se puede hacer? —inquirieron.

—¿No van a la escuela? —preguntó a su vez Gano.

—No —respondió TE —, nosotras estudiamos por televisión.

—¿Y no tienen biblioteca en el asteroide? —preguntó Juan, a quien le encantaba leer.

—¿Para qué? Los libros los cuentan resumidos —contestó LE.

—¿No salen a jugar con otros niños?

—¿A jugar? Todos los otros niños también miran televisión —dijo VI.

—¿Pero hacen deportes? —se interesó Martita.

—¿Deportes, qué es eso? —se sorprendió SI.

—¿No te acuerdas? —le recordó Tas— esos programas donde muestran lo que hacían los antiguos...

—¿Ah? —se extrañaron las niñas azules—. ¿Y ustedes hacen todas esas cosas?

—Eso y mucho más —dijo Gano muy orgulloso—, allá en Ganímedes volamos de luna en luna por todos lados...

—Y en la tierra —explicó Juan— nos bañamos y nadamos en el mar.

—En Marte —agregó Martita— las ciudades están debajo de grandes cúpulas y nosotros hacemos excursiones al campo, con cascos y zapatos especiales.

—En Venus —contó Vania— nos gusta leer y dibujar y tocar música.

—Y en Titán —finalizó Tito— nos gusta asomarnos por las noches a mirar el planeta Saturno, con sus anillos, y las otras ocho lunas que hay en su cielo.

—¡Qué lindo! —se alegró TE—. ¿Y cómo podríamos hacer esas cosas nosotras?

—Vengan afuera y les mostraremos. ¡Y también verán nuestra nave!

—¿Tenemos que levantarnos y caminar? —preguntó asustada TE.

—¿Y si nos caemos y nos hacemos una herida?
—consultó atemorizada LE.

—¿Afuera? Nos podemos enfermar —aseguró VI.

—Debe hacer un frío espantoso —dijo SI.

—Yo creo que hace mucho calor —la rebatió TAS.

Los cinco amigos se echaron a reír y exclamaron:

—¡Que niñas estas!

—¡No les va a pasar nada! ¡Vengan afuera! —las invitó Juan; y se le ocurrió una brillante idea—. Jueguen a que son actrices de televisión.

Entonces las niñas azules aceptaron y todos salieron.

—¡Oy!, qué bonito! —Se asomaron un largo rato, hasta que el sol comenzó a ponerse.

—Mañana voy a invitar a todos, a todos los niños a jugar afuera —dijo TE.

—Y yo me voy a leer todos los libros que me dejaste —le aseguró LE a Juan, quien le había prestado un montón de libros.

—Nos quedaremos a jugar afuera durante todo el rato que no tengamos escuela —afirmaron VI y SI.

—¡Y los vamos a echar mucho de menos! —se apenó TAS, despidiéndose cuando los niños partieron de vuelta a esa playa del continente americano en el Océano Pacífico del planeta Tierra.

El día en que todo se detuvo

Una vez Cecilia encontró una isla.

Así como lo oyes: ¡encontró una isla y con una montaña al medio!

O si lo prefieres, una montaña con una isla a su alrededor.

¿Qué eso no les ocurre a las niñas?

Pues a Cecilia sí le ocurrió.

Un día decidió salir a navegar en su pequeño barco color de celofán, y como era muy resuelta y algo impaciente, no se lavó, no se peinó ni se arregló la ropa (¿quién pierde el tiempo haciendo esas cosas?). Simplemente bajó a la playa, cargó en su barco un paquete de galletas, un jarro de

jugo de manzanas y mucho, mucho jamón, subió a bordo y se fue navegando por el mar.

Navegó y navegó durante bastante tiempo.

Conversaba con los peces, comía jamón con galletas, jugaba con la corona de espumas de las olas y bebía jugo de manzanas.

Sin saber cómo, apareció frente a ella una montaña en medio del mar: ¡era una isla!

—¡Bah! —se sorprendió—. ¿Y tú, de dónde has salido? ¿Quieres un poco de jamón?

—¡Ujum! —respondió la montaña con voz profunda—. Yo nací aquí, y no como jamón, gracias.

—Entonces me lo comeré yo —dijo la niña y se quedó pensando—. Oye, si te he descubierto debo ponerte un nombre...

Al verla tan contenta, la montaña no quiso decirle que todas las islas y también los continentes, y hasta los archipiélagos ya tenían un nombre. En vez de eso le dijo:

—¿Y qué nombre me vas a poner?

—Te llamaré Mun, y serás mi isla —le anunció ella feliz.

El pequeño barco color de celofán se había acercado a tierra y Cecilia pudo ver la cumbre de la montaña cubierta por nubes.

–Mun –le dijo–, tienes una corona igual que las olas.

–No es una corona –le explicó la montaña–, es que me da mucha pena ver lo que ocurre a mis pies, así es que me cubro con nubes –y sin poder evitarlo, comenzó a llorar con lágrimas de lluvia.

Cecilia, curiosa, miró a los pies de la montaña, pero sólo vio playas y prados con árboles y flores.

–No veo nada que pueda causarte tanta pena... todo me parece muy bonito.

–Desde lejos puede ser, pero si estuvieras acá, lloverías igual que yo.

La niña se rió:

–Yo no lluevo, yo lloro –le explicó.

Pero la montaña, sin dejar de llover despacito, insistió:

–Es mejor que no te acerques más.

Cecilia, sin embargo, no hizo caso de la advertencia.

Una gaviota parada en un madero pasó flotando a su lado; la niña la invitó a su isla, pero la gaviota se rehusó.

Unos delfines nadaron junto al barco; Cecilia los invitó a su isla, pero ellos no quisieron ir.

El pequeño barco color de celofán ya estaba bastante cerca de la isla.

—¡Hey! —les gritó a los árboles—. ¡Allá voy... a jugar con ustedes!

Pero los árboles la rechazaron: —¡Ándate... ándate! —le gritaron.

Cecilia estaba asombradísima. ¿Qué misterio horrible encerraba aquella isla? ¿Por qué nadie quería estar en ella? Ni siquiera acercarse.

Decidió que tenía que averiguarlo; además el jamón y el jugo de manzanas se habían terminado. Guió su barco color de celofán hasta la playa y allí desembarcó; por supuesto no se lavó, no se peinó ni se arregló la ropa (¿quién pierde el tiempo haciendo esas cosas?). Simplemente bajó a tierra.

Ahí, un solo vistazo le fue suficiente para comprender. Era cierto que había cosas bellas, pero...

—¡No puede ser! —exclamó—. ¡No puede ser! —también le dieron ganas de llorar.

Hasta donde podía ver, la isla se hallaba cubierta de basura, desechos y desperdicios. Las playas, los prados, la ladera de la montaña, todo... todo...

¡Hasta el agua estaba llena de basuras!

—¡Mun... Mun...! ¿Cómo puedes estar tan sucia y descuidada? —preguntó.

—Es la gente que vive aquí —se disculpó la montaña.

—¿La gente?

—No te lo dije antes porque te vi muy contenta, pero hace tiempo que esta isla está habitada.

—Entonces tendré que hablar con ellos —dijo Cecilia muy decidida y, sin lavarse, sin peinarse ni arreglarse la ropa (¿quién pierde el tiempo haciendo esas cosas?), simplemente así como estaba, partió en busca de la gente.

A muy poco andar encontró a una señora que vaciaba una bolsa con restos de comida.

—¿Señora! ¿Qué hace usted? —le preguntó indignada—. ¿No ve que está ensuciando la isla?

—¡Bah, no te preocupes!, la basura se pudrirá y será un buen abono para las plantas —contestó la señora—. Por eso todas hacemos lo mismo —agregó—. Por lo demás, ¡mira quién habla de suciedad, si no te has lavado nunca!

Cecilia no supo qué contestar.

Siguió caminando y se topó con un niño que arrojaba unas cáscaras de plátano al suelo.

—Oye, niño, recoge esas cáscaras. Estas afeando la isla —le dijo.

—¿Las cáscaras? Pero si los animales se las comerán, por eso todos las tiramos al suelo —dijo extrañado y echó a correr gritando:

—¡Y quién habla... chascona... chascona!

Cecilia no supo qué responder.

Siguió caminando y vio que un hombre dejaba unos cajones con escombros y chatarra en la arena, junto al agua.

—Señor —le dijo—, mire la playa: ya está llena de cosas feas, y usted echa más todavía... se ve tan desaseada.

El hombre la contempló con enojo.

—Toda la gente bota los desperdicios en la playa porque sabe que el mar se los va a llevar —dijo, y preguntó burlón:

—¿Pero a ti, quién te llevará? Andas diciendo lo que hay que hacer y ¡mírate!

Cecilia no supo qué contestar.

Lentamente volvió a su barco.

—¿Has oído lo que dicen, Mun? No sé qué responderles...

La montaña permaneció en silencio, pero el mar le dijo:

—Yo lo oí y es cierto que antes me llevaba lo que encontraba botado en las playas; pero eran pocas cosas; ahora hay tantos desperdicios que no alcanzo a recogerlos todos. Y ahí se van acumulando. Y si no sucede algo pronto, comenzarán a morir todos los peces y las plantas que viven en mis aguas.

—Yo también los escuché —dijo entonces un cangrejo bajando de una palmera—. Y es verdad que antes nos comíamos la totalidad de las sobras que los hombres arrojaban; pero ahora son tantas las que hay, que aunque quisiéramos no podríamos comerlas todas... y se echan a perder y nos enfermamos.

—Nosotros también oímos —señaló un árbol— y aunque la basura se descompone y nos sirve de abono, ahora hay demasiada. Entonces se acumula y nos hace más mal que bien.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Cecilia.

Pero ni la montaña, ni el mar, ni las plantas, nadie, nadie supo qué responder. Todos se quedaron meditando en lo espantoso que sería si ya no hubiera ni animales, ni plantas, ni un mar con peces por donde navegar.

Entonces... llegó el viento soplando con fuerza.

—Señor viento —le dijeron molestas las nubes—. Deja de soplar, no podemos pensar tranquilas si tú nos estás empujando.

El viento dejó de soplar y todo quedó quieto.

ESE FUE EL DÍA EN QUE TODO SE DETUVO.

Se detuvo el viento. Y cuando el viento se detiene, se detienen también las nubes y las olas del mar y las hojas de los árboles.

Se detuvo el canto de los pájaros, porque los rayos del sol no llegaron más a la isla. Todo quedó quieto, silencioso y frío. ¡Hasta los peces se alejaron buscando aguas más templadas!

Los habitantes de la isla creyeron que aquel era otro de esos días nublados y no le dieron mucha importancia. Pero el viento continuó sin soplar al día siguiente, y al otro día, y al otro, y a medida que transcurría el tiempo, más y más personas comenzaron a inquietarse.

Entretanto Cecilia, sentada en su pequeño barco color de celofán, comía galletas, miraba el agua y junto a sus amigos seguía buscando una solución para el problema de Mun, su isla.



De pronto, mientras miraba distraída el agua, vio su imagen.

“¡Oh!”, pensó, “parece que yo me veo igual que Mun”. Y decidió que aunque tuviera que perder un poco de tiempo, quizás valiera la pena lavarse un poco, peinarse un poco y arreglarse la ropa un poco. Y así lo hizo; se lavó, se peinó y se arregló la ropa.

—¡Mira tú! ¡Qué bien te ves! —le dijeron la montaña, el mar y los árboles.

Antes de que pudiera agradecerles, observó que un grupo de gente se acercaba a su barco. Entre ellos venían la señora, el niño y el hombre con quienes había hablado. Todos parecían muy preocupados.

—Como sabemos que tú estabas aquí —comenzó a decir la señora, pero se detuvo, confundida—. ¡Oye, tú no eres la misma niña con la que yo hablé!

—Sí, es la misma. Es que se peinó —señaló el niño—; por eso parece otra.

—Y se lavó la cara y se arregló la ropa —agregó el hombre—. ¿Sabes? Te ves bastante bien.

—Queríamos preguntarte por qué toda la naturaleza está como detenida en nuestra isla.

—Está pensando —afirmó Cecilia.

—¿Pensando? —se extrañaron los isleños—. ¿En qué?

—En qué hacer para que la isla vuelva a ser limpia y linda.

—¿Cómo tú? —dijo el niño y todos comprendieron lo que cada uno tenía que hacer.

Y limpiaron y barrieron y lavaron y arreglaron y recogieron y cantaron y bailaron, porque ahora la isla estaba limpia y hermosa.

Entonces sopló de nuevo el viento y las nubes pasaron corriendo y las olas del mar llegaron con los peces a la orilla y las hojas de los árboles cantaron con los pájaros y Cecilia...

Cecilia cargó un paquete de galletas, un jarro de jugo de manzanas, mucho jamón, subió a bordo y se alejó navegando en el pequeño barco de color de celofán.

Una pequeña discusión

Cuando en el pueblo se supo que un sobrino de don Timoteo, muchacho que vivía en una ciudad al norte de África, le había enviado desde allí un camaleón de regalo, comenzaron las discusiones acerca del tema.

Lo primero que debo aclararles es que jamás, jamás, en Putrenco habían visto un camaleón, ni siquiera habían oído hablar de él.

Don Timoteo fue hasta el correo con paso calmado, aunque ardía de ganas de ver de qué se trataba.

Se dirigió hasta la oficina postal para retirar el paquete.

Recibió la caja de manos de la señorita encargada del correo y regresó a su casa, ahora rodeado por todos los vecinos.

Una vez allí tomó la caja en la cual venía el regalo y la depositó suavemente –en la caja decía ‘FRÁGIL’– en la mesa que estaba en el patio, bajo el parrón.

Miró la caja. Medía aproximadamente unos sesenta centímetros de largo, treinta de ancho y treinta de alto.

A una de sus nietas le llamaron la atención unos pequeños hoyos circulares.

–Mira, abuelo, hay unos hoyitos en la parte de adelante de la caja.

Todos miraron los hoyos.

–Y aquí –descubrió otro nieto– dice que esta parte va para arriba.

–Bueno –se tranquilizó don Timoteo–, menos mal que coloqué la caja con esa parte para arriba.

–¿De qué se trata? –preguntó un vecino que acababa de llegar.

–Es mi sobrino Tomasito, el que vive en el norte de África, que me manda un camaleón de regalo.

–¿Un camaleón? –preguntó uno de los nietos de

don Timoteo—. ¿Y qué es un camaleón, abuelo?

A don Timoteo no le gustaba parecer ignorante, y menos a los ojos de sus nietos.

—Mira, Maxi —le respondió—, este camaleón viene del África, así es que debe ser una cosa negra. Tú sabes que allí hay muchos negros... Tiene que ser algo que resista el calor —miró a su auditorio cada vez mayor—. Ustedes saben que allí hay un enorme desierto, mi sobrino me ha contado de él... Y, por supuesto —concluyó— tiene que caber en una caja como ésta.

Calló por unos momentos:

—¡Ya lo sé! —exclamó—. ¡Es la caja negra de un avión! Esa que se usa para averiguar por qué ocurrió un accidente.

Todos, alarmados, detuvieron su aliento. Fue la señora Dominga la que preguntó:

—¿Su sobrino tuvo un accidente?

—No, no —la tranquilizó don Timoteo—. Se lo habría contado en su última carta a sus padres. No, insistió— debe ser una caja negra que él encontró y me la manda porque sabe que me gustan las cosas raras y él...

—Usted me va a perdonar, amigo —lo interrumpió la enfermera del pueblo o, como ella se hacía llamar,

la 'asistente médica', ya que título de enfermera no tenía—, pero pienso que está equivocado.

Todos la miraron, ahora, a ella.

A la asistente médica, muy aficionada a los crucigramas, le gustaba jugar con las palabras.

—Camaleón —murmuró—, camaleón. ¿Sabe, don Timoteo? El camaleón que viene en esta caja debe ser un tipo de cama plegable que tiene forma de león...

Pero entonces le entró la duda:

—¿O será un león plegado que tiene forma de cama?

Como en todo pueblo que se precie, en Putrenco había un pensador. Y como buen pensador, el señor Filomeno debía, así es, 'debía' dar su opinión.

Acercándose a la caja, colocó una mano sobre ella:

—Lo voy a pensar —dijo.

Cerró lo ojos, como acostumbraba hacerlo cuando se enfrentaba a un problema difícil, estuvo así unos momentos mientras todos esperaban ansiosos su palabras, finalmente hizo un gesto ambiguo con el brazo, como señalando algún lugar desconocido, allá arriba, desde el cual le llegaba la inspiración, y comenzó a hablar:

—El camaleón es un arbusto de la familia de los

camaleos, que se caracteriza por tener largas hojas chatas de color morado, un tronco altibajo, flores blancas verdeazuladas y raíces que no requieren ser enterradas pues no existen.

Claro que nadie –yo creo que ni siquiera él mismo– entendió, pero como era muy respetado en el pueblo, todos exclamaron al unísono un... ¡Ooohhh!... muy profundo.

–¡Es la caja negra de un avión! Ésa que se usa para averiguar por qué ocurrió un accidente –insistió, un tanto molesto, don Timoteo.

–Es una cama plegable –porfió la asistenta médica.

–Es un pequeño arbusto llamado ‘arbustivo camaleos’ –insistió el pensador, complementando su afirmación anterior–. Una caja negra. Caja negra –recalcó.

Muy serio, el dueño de la panadería se adelantó hasta llegar junto a don Timoteo, y con voz que mostraba su superioridad, puntualizó:

–Perdón... ¿ah?... perdón, pero permítanme que yo les aclare algo que ustedes no parecen saber: la palabra camaleón, o chamaleón, deriva de la palabra ‘chamal’, que es un paño grande que usan tanto los hombres como las mujeres mapuches

para cubrirse, y de la palabra 'eón', que significa eterno. O sea, que el regalo que usted acaba de recibir, don Timoteo, no es más ni menos que un chamal eterno.

No muchos, sin embargo, estuvieron de acuerdo con él.

Muy molesta, la asistenta, reiteró:

—¡Una cama!

Y los otros:

—¡Un arbusto!...

—¡La caja de un avión!

—¡Un chamal!...

De pronto, una vocecita de niño interrumpió la pequeña discusión. Se trataba de uno de los nietos de don Timoteo.

—¡Abuelo!... ¡abuelo!...

Pero don Timoteo hizo un gesto con el brazo —ese que se hace para espantar una mosca—, como diciendo “no moleste, niñito, ¿no ve que ésta es una cosa de hombres?”

—¡Abuelo!... ¡abuelo!... —insistió el muchachito.

—¡Dime!, ¿qué quieres?

—Abuelo, para saber lo que es un camaleón, ¿por qué no abres la caja?

Alop, ¿por qué llora la princesita?

Todos se habían subido a la cama de Paula.

Por supuesto que papá tenía un brazo y una pierna colgando fuera.

Por supuesto que mamá se había tenido que encoger entera para poder caber.

Y por supuesto que Noralía, justo en ese momento, cuando ya todos estaban casi acomodados, quiso ir al baño.

Trepó por los barrotes de la cama, se balanceó durante un rato sobre la baranda, sin saber si caía o no fuera de la cama, y luego se precipitó al

suelo. Todo esto mientras se bajaba los pantalones de su pijama.

Paula y Mariana permanecieron sentadas, y Alop, en un rincón, lucía ese lindo color celeste que usaba por las tardes.

No era la primera vez que la familia entera se hallaba dentro de la cama de Paula. Muchas veces lo habían hecho, pero ahora era diferente, y ¡cuán diferente!

Esta vez Alop estaba con ellos.

—Que, ¿quién es Alop? Me extraña que me preguntes eso... Alop es un oñin, es decir, un niño al revés, como cualquier otro niño al revés.

Ahora que ya sabes quién es Alop, seguiré con mi cuento...

Noralía volvió, finalmente, del baño.

—Ya hice pipí —anunció—. Estoy lista para viajar.

Todos miraron a Alop. Él era el capitán de la camanave.

—¿Todos listos? —preguntó éste.

—¡Listos!

“Lo que más me gusta de Alop, es que con él se puede jugar de verdad,” pensó Mariana, mientras la camanave daba un par de vueltas por la pieza, y ¡¡¡RRUUUUMMMM!!! salía

volando velozmente por la ventana, elevándose más allá de las nubes, más allá del cielo, más allá incluso, de más allá.

Mientras la nave volaba lejos, lejos, mamá los arrulló y todos se durmieron.

Mariana fue la última en despertar.

Un arco iris de olores había surgido frente a la camanave y Alop maniobró de manera que se metieran adentro. Pasaron por un montón de olores y terminaron en el olor a manzanas asadas.

¡Habían llegado!

Un cortesano que los estaba esperando impaciente, los llevó hasta su casa.

—¿Y? —preguntó papá—. ¿Cómo sigue la princesa?

—Sigue mal —respondió el cortesano—. Y ya se cumplió un año.

—¡Oh! —exclamó papá.

—¡Así es! —se lamentó el caballero, y todos quedaron muy tristes.

—Lo peor —agregó—, es que a pesar de sus lágrimas, nadie en este reino sabe qué hacer para remediar su gran dolor.

—Pero, ¿qué se ha hecho hasta ahora? —preguntó Mariana.

—¡Qué no se ha hecho! Se le ha cantado, se le ha explicado... ¡hasta se la ha retado!, pero como ahora tiene que subirse y bajarse sola... ¡sufre!

—Busquen otra cama —propuso mamá, que era muy práctica.

—¿Otra cama?, pero si en el reino se han usado las mismas camas con baranda que tiene la princesa —explicó el cortesano—. El rey Apap recorrió, personalmente, todas las casas, y en todas sucede lo mismo, los niños sufren.

—Yo los entiendo —dijo Noralía compadeciéndose—. Yo sufro a veces cuando me subo o me bajo de la cama de la Paula, que también tiene baranda... —agregó.

—¿Y el concurso? —preguntó Alop.

—Llegan justo a tiempo. Pero sabes que si fracasas, ¡puf!, te conviertes en “olor a leche ahumada” —lo previno el caballero.

No obstante, como Alop insistiera, todos fueron al palacio real.

Allí, el mismo cortesano los guió hasta el salón de actos y les indicó sus asientos.

Paula miró a su alrededor. Allá adelante estaba la familia real: el rey Apap, la reina Amam, las princesas Anairam y Ailaron y la princesita Aluap.

En el salón estaban los concursante... ¿y cuántos había! Iba a ser muy difícil para Alop ganar esta competencia.

Un gentilhombre anunció:

—Señores, ustedes saben lo mucho que sufre nuestra amada princesita Aluap cuando tiene que entrar o salir de su cama con barandas. Como en nuestro reino todas las camas son iguales, los hemos llamado a ustedes, que vienen de lejanos lugares, para que nos muestren sus inventos, por lo tanto...

—¡Basta, basta! —se impacientó el rey—. Lo que queremos es evitar que Aluapita siga sufriendo.

Entonces el gentilhombre dijo:

—Que pase el primer inventor.

Pasó primero un famoso mueblista. Traía una cama bellamente tallada con dos toboganes: uno corto para subir desde el interior de la cama hasta la parte superior de la baranda, y otro largo, para bajar desde la baranda hasta el suelo.

La reina colocó a Aluap en la cama y la princesa trepó fácilmente por el resbalín corto. Pasó sobre la baranda hasta el resbalín largo, y se dejó deslizar hasta el suelo. Como le gustara mucho, trató de subir ahora desde el piso por el resbalín, pero

no logró hacerlo; llegaba como hasta la mitad... y... ¡puuuff!, caía de nuevo al suelo. Después de intentarlo un par de veces, se puso a llorar. Entonces ¡puff!, el mueblista se transformó en “olor a leche ahumada”.

Luego llegó otro inventor. Traía una cama en la que el colchón bajaba hasta el suelo para que la princesa saliera gateando por debajo de las barandas. Pero cuando intentó usar la cama, ¡pum!, rebotó el colchón en el suelo y, ¡pom pom!, rebotó la princesa. Así es que ¡puff! hizo el inventor y comenzó a oler como leche ahumada.

Un escritor se presentó con una cama que tenía hermosos cuentos dibujados en las barandas para que la princesa olvidara su sufrimiento, pues mientras subía o bajaba por ellas, podía entretenerse leyéndolos. Pero le explicaron que Aluap sólo tenía un año y que todavía no sabía leer.

Después llegó el señor de la aspiradora. Explicó que se colocaba la aspiradora sobre la cama, aspiraba a la princesa, giraba y la depositaba en el suelo sin ninguna dificultad. ¿Y para volver al interior de la cama? Aspiraba a la princesa desde el suelo, giraba y la dejaba adentro de la cama. Muy sencillo y muy eficiente.

La princesa se paró junto a la cama. Colocaron sobre ella el tubo de la aspiradora, y... ¡JUIIIIP! Aluap fue aspirada. La máquina giró quedando sobre la cama y... y... ¡y no pasó nada! ¡La princesa no aparecía!

Entonces se oyó una voz que venía desde dentro del tubo:

—¡Socorro, socorro... sáquenme de aquí!

(Era la princesa que, aunque sólo tenía un año, ya hablaba casi de todo.)

La máquina fue desarmada, y Aluap salió. Se había quedado atascada porque se le ocurrió rascarse una rodilla. De todas formas, se negó rotundamente a repetir la prueba.

¡Puf! hizo el inventor y... ¡ya sabes lo que pasó!

Y le tocó a Alop. Este se adelantó haciendo una reverencia ante el rey, pero como era más chico que el dedo pulgar y más grande que un profesor que yo conozco, rodó hasta los pies del monarca. Se levantó, se arregló su traje de bombero, convidó a las princesas tres caramelos de poesía, de los mismos que Paula, Noralía y Mariana estaban comiendo, y sacó un rollo de papeles de su sombrero.

Todos se acercaron, rodeándolo para ver qué había en ellos, pero por supuesto estaban en blanco.

Necesito un pintor –pidió Alop.

Y llegó un pintor llamado por el rey Apap.

–Pinceles –pidió Alop.

Y Ailaron le trajo pinceles.

–Pintura –pidió.

Y Anairam le trajo pintura.

–Paleta –pidió.

Y la reina Amam le trajo una bandeja de la cocina..

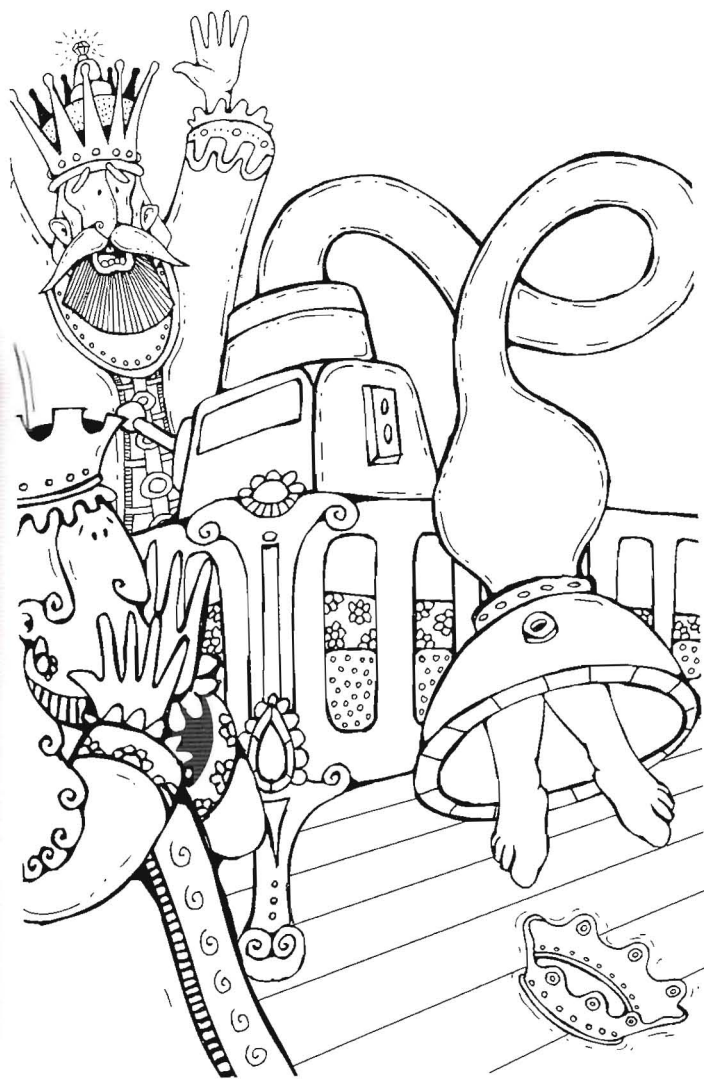
–Ahora tú tienes que dibujar así... y mum... y chum... y cataplum.. y pum, pum –le explicó Alop al pintor.

Y éste dibujó para acá y para allá y de nuevo para acá y...

–¡Listo! –exclamó feliz Alop.

La princesa Aluap se aproximó despacito... Todos contuvieron la respiración... aquello era muy raro; como si le faltara algo... entonces, de un salto, la niña se subió al dibujo de la cama que Alop había inventado, y de otro salto se bajó, y se volvió a subir y se volvió a bajar.

–¡YUUUU JUUUU! –se puso a cantar la princesa–. ¡Subo y bajo y no me cuesta nada! (Recuerda que la princesa, aunque sólo tenía un año, ya hablaba casi de todo.)



—¡Viva! —gritó el rey—. ¡Extraordinario, fabuloso, fantástico... una cama sin barandas!

Todos felicitaron calurosamente a Alop, que estaba muy orgulloso. Mientras Aluapita se subía y se bajaba de esa maravillosa cama sin barandas.

Paula también quiso probar aquella cama, y como le gustó mucho, papá le prometió una igual.

—Ahora te daré tu premio —le dijo el rey Apap al oñin Alop—. Aquí tienes tu cuento —y le entregó este cuento que yo estoy tratando de terminar muy apurado... porque si no lo hago... ¡puf!... casi, casi estoy oliendo a leche ahumada...

¡Menos mal que alcancé a terminarlo justo a tiempo!

Había una vez ...

Cuento para construir creativamente

Había una vez una niña... ¿O era un niño? Tal vez fuera una cigüeña de patas cortas o un elefantito con la trompa verde... que tenía muchas ganas de... ¿de qué tenía ganas?

¡Bueno!, ganas de hacer algo.

Sus papás, por supuesto, no lo dejaban. ¿O sí lo dejaban? ¿Qué crees tú?

La cosa es que un día decidió partir de su casa... ¿o fue de su nido, o fue de una cueva, o de un árbol o de una nube, o fue de un relámpago o de un rayito de sol, o de qué se yo? ¡Uf! Difícil saberlo. Pero de alguna parte tuvo que irse.

Se echó a la espalda un saco repleto con panecillos... ¿maní?, ¿pasto tierno?, ¿semillas de girasol?, ¿gotas de lluvia?, ¿ruidos de selva?... con los que se alimentaría mientras caminaba – volaba, nadaba, saltaba, giraba, se deslizaba, cabalgaba, dormía – (no, dormía no, porque se puede caer al despertar).

Después de algunos días... quizás fueron horas, acaso minutos, a lo mejor noches, difícilmente pudiera tratarse de años, llegó a... ¡a alguna parte tuvo que llegar!, y se detuvo.

–Ahora sí –se dijo– podré hacer lo que tantas ganas y durante tanto tiempo he querido hacer.

Dejó su bolso en el suelo. ¿O lo habrá dejado en el agua, o en el aire, o en la luna?, y miró a su alrededor.

El lugar estaba lleno de _____ y también había muchos _____ y muchas _____ y algunas _____ y algunos _____ y unos pocos _____ y unas pocas _____.

–En realidad –se dijo–, éste lugar es el ideal para hacer lo que tengo tantas ganas de hacer. ¿Te acuerdas qué era lo que tenía tantas ganas de hacer?

Pues, aunque tú no lo creas... ¡lo hizo!

¿Qué será lo que habrá hecho?

Entonces, agarró de nuevo su saco y se...

¡Me cansé! ¿Puedes terminar tú esta historia?

¡Por favor!

HABÍA UNA VEZ ...

(Cuento para que tú lo escribas siguiendo las indicaciones como a ti se te ocurra)

Había una vez _____
 _____ que tenía ganas de _____

Sus papás, por supuesto, _____

La cosa es que un día decidió partir de su

En busca de _____

Se echó a la espalda un saco repleto con _____
 _____ con los que se
 alimentaría mientras _____

Después de algún _____ llegó a _____
 _____ y se detuvo.

—Ahora sí—se dijo— podré _____

Dejó su bolso en _____
_____ y miró a su alrededor.

El lugar estaba lleno de _____
y también había muchos _____
y muchas _____
_____ y algunas _____
y algunos _____ y
unos pocos _____
y unas pocas _____

—En realidad —se dijo—, éste lugar es el ideal
para _____

Y aunque tú no lo creas... ¡lo hizo!

¿Qué, qué hizo? :

Lo que hizo fue _____

Entonces, agarró de nuevo su saco y se _____

(Nombre del autor)

Fin.

La piedrecita manchada

No lejos de aquí, caminando hacia la playa, encontré una vez una piedrecita con manchas. Me detuve y me puse a conversar con ella.

He aquí su historia:

—Hace mucho tiempo —me contó— yo vivía en un camino cercano a la montaña. Era un hermoso sendero bordeado por altos álamos y junto a él corría un arroyo.

Pasaban las carretas lentas, los autos, los campesinos con sus herramientas al hombro, y ahí estaba yo mirando y mirándolos pasar. Hasta que un día, mi corazón de piedra se aburrió de estar siempre tan quieto y decidí marcharme a conocer el mundo.

Empecé a rodar por el camino abajo. Vine a dar, con el correr de los días, a un prado en donde me encontré con otra piedra igual a mí. ¡Por lo menos yo creía que era igual! ¡Era tan ignorante en ese tiempo!

Me acerqué a ella y la saludé:

—¿Hola, piedrecita! ¿Cómo estás tú?

Me miró sonriendo y, comprendiendo que yo era muy ignorante, me explicó con ese aire bonachón de la gente de campo:

—Tú estás confundida. Yo no soy una piedrecita: soy un poroto.

Quedé muy asombrada por esta revelación, pero después me acordé que no sabía lo que era un poroto, así es que se lo pregunté:

—¿Y qué es un poroto?

—Un poroto —me explicó con mucha paciencia— es un poroto de donde crece una planta tan alta... como esos árboles grandes de allá.

—Ahora sé que estaba exagerando —me dijo, interrumpiendo su relato,— pues la planta de porotos es pequeña, pero es que él se sentía muy importante.

Mi corazoncito de piedra dio un brinco. Pensé que me gustaría ser un poroto y que, si me parecía

tanto a él, bien podría llegar a ser también un árbol como aquéllos. Así se lo dije.

—¿Qué hay que hacer para llegar a ser tan alto como esos álamos?

—Hay que enterrarse —me contestó— en un hoyo en la tierra; y allí esperar bien abrigado y con mucha agua, para germinar.

Yo tampoco sabía lo que era germinar, pero pensé que me gustaría mucho hacerlo.

Quería ser algo... pero no sabía muy bien qué podía ser ese algo. Así es que la idea de germinar y de ser árbol me parecía formidable.

Cuando el poroto se enterró para convertirse en una planta, ansiosa, yo también me enterré junto a él.

Lentamente pasaron los días.

Afortunadamente el frío no llegaba hasta donde estábamos el poroto y yo, enterrados juntos, esperando, esperando, hasta que una mañana...

Una mañana el poroto comenzó a moverse inquieto, y de pronto echó unos brotecitos hacia arriba y unas raíces hacia abajo.

—Estoy germinando —me dijo.

Y los brotes pronto alcanzaron a flor de tierra y salieron a tomar el sol mientras las raicillas se hundían más y más en el suelo. El poroto se había convertido en una planta.

Viendo lo que era capaz de hacer mi amigo, hice fuerza, mucha fuerza para echar yo misma unos brotes o unas raíces. Pero mis esfuerzos fueron inútiles. Por más que traté y traté, ni una sola cosa asomó de mí: ni para arriba, ni para abajo, ni siquiera para los lados. ¡No salió nada!

Entonces me aburrí de hacer fuerzas y me aburrí también de estar enterrada. Me despedí de la planta con un poco de pena y salí de nuevo al camino, donde seguí rodando y rodando...

Hizo un alto la piedra en su relato, rodó un poquito para acomodarse, y luego continuó:

Así, bajando por el valle, fui a dar a un enorme gallinero, junto a una cosa blanca con manchas y un poco más redonda que yo.

—¡Hola, poroto! —le dije, orgullosa de saber distinguir ahora un poroto.

Se rió la cosa y me contestó:

—Yo no soy un poroto.

—¡Hola, entonces, piedrecita! —insistí, pensando que si no era un poroto, entonces tendría que ser una piedra como yo.

Sin embargo, la cosa se rió aún más de mí y me dijo:

—Tampoco soy una piedra. Has de saber que soy un huevo.

—¿Un huevo? —pregunté extrañada, pues era la primera vez que veía uno—. ¿Y qué es eso?

—Un huevo —me explicó— es de donde nace un gallo grande, con una gran cresta colorada, como ésos que se pasean allí.

Se me encogió de emoción el corazón al pensar que siendo tan parecidos, quizá yo también podría llegar a ser un gallo grande con una cresta colorada.

Le pregunté:

—¿Y qué hay que hacer para llegar a ser tan grande como esos gallos?

—Hay que ponerse debajo de mi mamá gallina para que ella me empolle —me contestó.

Quedé pensando, para mis adentros, que también me iba a poner debajo de la gallina para que me empollara. Así es que cuando la gallina se echó sobre el huevo, me acurrugué a su lado esperando ansiosa a ver qué pasaba.

No tuve, esta vez, que esperar mucho, porque después de algunos días sentí cómo mi amigo huevo se movía.

Hasta que de pronto: ¡pum! apareció una cabeza de pollo. Y ¡pum, pum! aparecieron dos alitas. Y ¡pum, pum! aparecieron dos patitas.

Del huevo sólo quedó la cáscara. En vez de él había un pollito. Y ahora mi amigo movía la cabeza y decía pío-pío-pío.

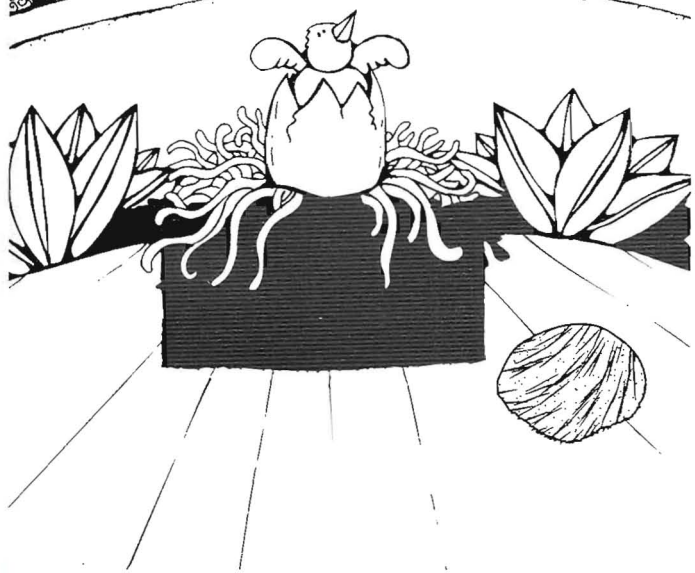
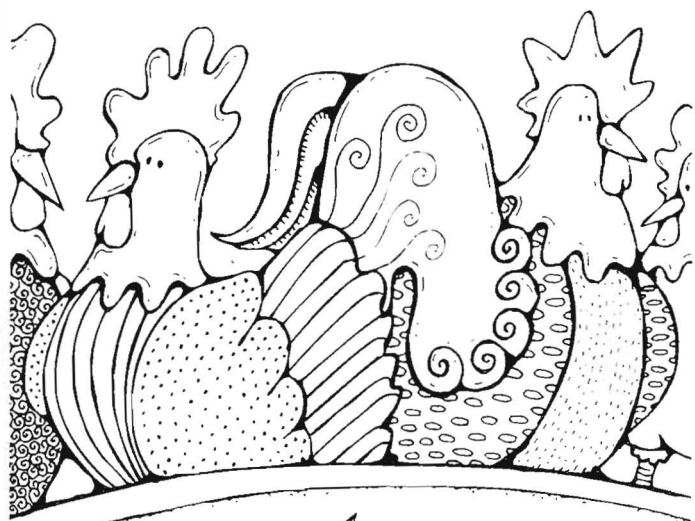
Entonces hice enormes esfuerzos para que me salieran unas alas como las del pollito, o siquiera unas patitas... ¡todo fue en vano!

Mi corazón casi reventó con el intento pero, por mucho que quise, ni siquiera fui capaz de hacer que me apareciera un piquito. Decididamente eran inútiles mis esfuerzos. Yo no era como el huevo: era solamente una piedra. Y me había dado cuenta de que de las piedras no nacen pollos diciendo pío-pío.

Así, pues, me quedé muy triste, acurrucada, mientras mi amigo salía a conocer su gallinero. Sólo deseaba volver de nuevo a mi camino para seguir rodando por el mundo. Y no tuve que esperar mucho, porque la gallina me vio en su nido y me arrojó fuera...

Una lágrima de piedra, como un granito de polvo, rodó por la piedrecita.

Debo reconocer que yo hacía esfuerzos porque no se me salieran las lágrimas, así es que traté de consolar a la piedrecita diciéndole que era muy bonita, y que sus manchas eran muy simpáticas, y que se veía muy bien, así, redonda. Pero todo fue inútil, y ahí no más nos pusimos a llorar los dos.



Estábamos en lo mejor de nuestro llanto, cuando vimos que un señor se acercaba con su hijita de la mano. Me despedí presuroso de la piedrecita, que quedó en medio del camino, y me fui a parar junto a un poste cercano esperando que pasaran.

Cuál no sería mi asombro, primero, y mi susto, después, cuando vi que se detenían justo frente a mi amiga y la contemplaban.

El caballero se agachó y recogió la piedra. Poniéndola a la luz del sol se la mostró a la niña.

—Mira —le dijo—, mira que ágata más hermosa hemos encontrado.

La piedrecita me dirigió entonces una mirada interrogante.

Y la niña preguntó:

—¿Qué es un ágata, papá?

—Un ágata, mi amor, es una piedra como ésta, que se parece a todas las piedras, pero que al ser pulida, al quitársele la cáscara, que es lo que vemos, queda un corazón de piedra puro, translúcido y muy hermoso. Te la colgarás al cuello con una cadena.

El corazón de la piedra dio un brinco de alegría. Su deseo se cumpliría y llegaría a ser algo muy hermoso: un ágata.

¿Mi planta de porotos?

Pedro llegó a su casa muy entusiasmado.
–¡Mamá, mamá! –gritó–. Necesito una semilla.
Su madre lo miró como diciendo ¿y de dónde
saco yo una semilla?

Pedro, para facilitar las cosas, explicó:
–Me sirve un poroto porque también es una
semilla.

Pensó un momento:
–Además, necesito algo de tierra para plantarlo.
La mamá buscó en el patio un macetero con
tierra y se lo dio al niño.

Pedro hizo un hoyo con el dedo en la tierra.
Plantó su semilla–poroto cubriéndola con tierra.

La regó bien regada y dejó el macetero en el patio...

Y hasta ahí no más llegó, porque se fue a jugar a la pelota y... bueno, había tantas cosas interesantes que hacer que no le quedó tiempo para acordarse del poroto.

No se acordó ni ese día ni al siguiente ni al siguiente...

Pero, ¿qué pasó con la semilla-poroto durante ese tiempo?

¿Quieres saberlo?

Te lo diré: la tierra recogió el rocío de las noches y con esa humedad hizo que la semilla-poroto se abriera en dos, que un brote pequeñito creciera hacia arriba y que unas raicillas crecieran hacia abajo.

Como a los tres días llegó su amigo Antonio.

Estuvieron jugando un rato, y cuando ya estaba por irse, el niño vio el macetero y se dio cuenta de que había un tallo a punto de brotar.

—¿Qué hay aquí? —preguntó.

Pedro, entretenido con otra cosa, no respondió.

—¿Me lo puedo llevar? —volvió a inquirir.

Y como Pedro tampoco respondiera, Antonio tomó el macetero y se lo llevó a su casa. Allí, le

echó agua y apretó suavemente la tierra, como haciéndole cariño, para que la plantita creciera mejor.

Muy pronto el tallo salió de la tierra, le crecieron dos hojitas, después otras dos y dos más, hasta que hubo una linda planta de porotos.

Pasaron varios días...

Entonces llegó Pedro, y viendo el macetero recordó el poroto que había plantado.

—¡Ah, es mi planta de porotos! —exclamó.

—No, no —lo corrigió Antonio—, es ‘mi’ planta.

—¡Pero yo la planté! —argumentó Pedro—. Así que es mi planta.

—Yo la regué y la cuidé. Por eso es mía —insistió Antonio.

La pequeña planta de porotos los miró con ternura y les dijo:

—¿Por qué no me lo preguntan a mí?...

La vela

Había una vez una vela.

Estaba colocada en un candelabro muy viejo. Junto a ella había siempre una caja de fósforos. La vela miraba la caja y pensaba: “Yo valgo mucho más que los fósforos”.

Entonces les decía:

–Ustedes son flacuchentos y chicocos. Mírenme a mí: yo soy alta y maciza, como debe ser.

Los pobres fósforos se quedaban callados. No sabían qué contestar.

La vela también se reía de la pequeña llama que daban los fósforos.

—Ja, ja, ja —se reía—. La llama de ustedes —les recordaba— dura mucho menos que mi llama.

Los fósforos callaban.

No sabían qué contestar.

Una tarde, la vela les dijo a los fósforos:

—Ustedes son sólo un pedazo de palo con la cabeza pintada, pero yo soy suave y brillante.

En aquella oportunidad un fósforo trató de responderle:

—Es que nosotros...

Pero la vela no lo dejó hablar.

—¡Nosotros, nosotros!— le remedó, burlándose—. Ustedes están siempre amontonados adentro de esa caja de cartón... en cambio yo tengo un trono para mí solita.

Pero un día...

La ventana quedó un poco abierta.

—¡Fs fs fs fs! —el viento se coló dentro de la habitación y ...

¿Y sabes lo que sucedió?:
¡El viento apagó la vela!
Eso pasó.

Entonces, la niña que vivía en esa casa con sus padres, al ver lo que había sucedido, llamó a su mamá:

—¡Mamáaaa, mamitaaaa...!, se apagó la vela y no veo nada... ¿Sabes dónde están los fósforos?

—Están a tu lado, junto al candelabro —le contestó su mamá desde la otra pieza.

“¡Uf!”, pensó la niña. “¡Menos mal que a mi mamá se le ocurrió dejar esta caja de fósforos cerca!, no sé qué haríamos sin ellos”.

El príncipe flojo

Si ustedes no conocen la historia del principito flojo, se las voy a contar:

En un reino vecino vivía junto a sus hermanos, los príncipes, y a sus padres, los reyes, un principito llamado Juan.

¡Y Juan era el niño más flojo que ustedes puedan imaginar!

Un día, mientras descansaba en el jardín, de pronto:

¡CATAPLÚM!

apareció en su carroza de espuma el hada madrina de Juan.

—¡Juan, Juan! —le dijo—, ¿qué podemos hacer contigo para que no seas tan flojo?

—Pues, no lo sé, hadita —respondió Juan, muy fatigado—, me da flojera pensar qué podemos hacer conmigo.

De todas maneras los dos se sentaron a pensar, y pensaron y pensaron, pero no se les ocurrió nada.

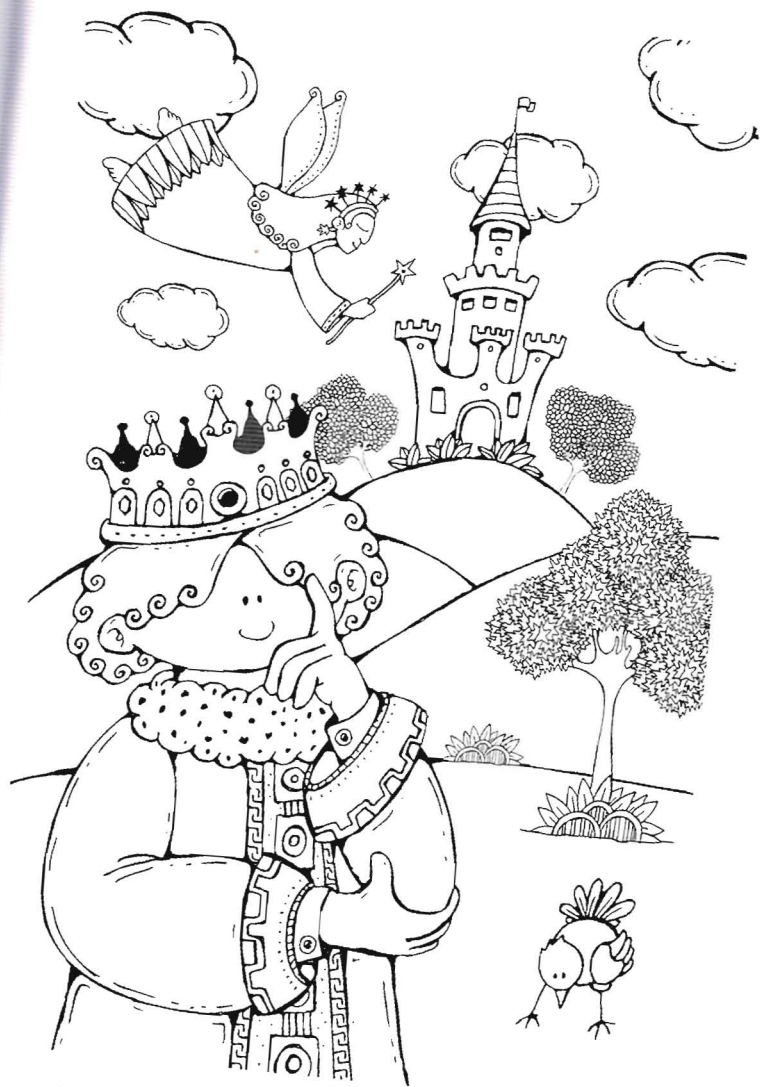
Entonces Juan se fijó en un pollito que pico-teaba el prado, y decidió que le gustaría ser igual a ese pollito, pues lo único que tendría que hacer durante el día entero sería subir y bajar la cabeza, nada más.

El hada madrina, por supuesto, adivinó lo que Juan pensaba, y decidió darle una lección:

—¿Sabes, Juanito? —le dijo—, ¿sabes lo que haremos? Te concederé cinco deseos, un deseo cada día, pero sólo uno. Piénsalo bien y cuando estés listo, me llamas y yo haré que se cumpla lo que has pedido.

Mucho se alegró el príncipe, y aquella noche soñó con todas las cosas que le gustaría pedir a su madrina.

A la mañana siguiente, Juan despertó y comenzó lentamente a vestirse. Cuando llegó el momento



de ponerse los zapatos, ya estaba agotado; entonces recordó al pollito que había visto el día anterior y pensó que le gustaría tener, tal como aquel pollito tenía, unos zapatos que no tuviera que ponérselos todas las mañanas y sacárselos todas las noches.

Al instante apareció el hada y le preguntó:

–¿Me has llamado, príncipe Juan? ¿Qué deseas?

–Desearía tener –pidió Juan– unos zapatos que no me dieran trabajo, que pudiera llevarlos siempre puestos.

–No tienes más que decir: Kikirikí, kikirikó y verás cumplidos tus deseos.

–¡Kikirikí, kikirikó! –gritó muy contento el principito flojo y:

¡CATAPLÚM!

en lugar de sus zapatos, el príncipe vio que tenía los pies cubiertos de pequeñas escamas, tal como si fueran patitas de pollo. Feliz, el principito corrió por el prado con sus zapatos nuevos.

Ya no se los tendría que sacar ni poner nunca más.

Pasó otro día y Juan se encontró con un nuevo problema: por la mañana comenzó a vestirse... pero tenía mucha flojera, y... ¡uf!... tener que

ponerse los pantalones... y luego la camisa... De sólo pensarlo se cansaba. ¡Si tuviera un traje que no le causara tantos problemas!

De inmediato apareció el hada y le preguntó:
—¿Me has llamado, príncipe Juan? ¿Qué deseas hoy?

—Pues, ¿sabes lo que quiero? Quiero un traje que no tenga que estarme poniendo y sacando cada día —pidió el príncipe.

—Pronuncia las palabras que te enseñé y tu deseo se verá cumplido —dijo el hada y se fue.

—¡Kikirikí, kikirikó! —gritó el principito y:

¡CATAPLÚM!

desaparecieron el pantalón y la camisa, y Juanito se encontró con todo el cuerpo cubierto de plumas, igual que un pollito.

¡Qué contento se sintió el príncipe con su nuevo traje!

Así pasó otro día y llegó otra mañana.

Se levantó Juan y al comenzar a peinarse, se acordó nuevamente de su hada madrina.

—¿Me has llamado, príncipe Juan? —preguntó ésta, apareciendo en su pompa de colores—. ¿Ya has pensado tu deseo de hoy?

—¡Oh sí, hada madrina! —contestó—. ¿No podrías hacer algo para que yo no deba peinarme todos los días?

—Ya sabes lo que tienes que decir —le recordó el hada, y sonriendo se fue.

—¡Kikirikí, kikirikó! —gritó el príncipe y:
¡CATAPLÚM!

en vez de su pelo rizado y colorín apareció una hermosa y roja cresta de pollo.

Muy contento, el principito se fue por el jardín con su traje de plumas amarillas sus patitas de pollo y su nueva cresta colorada.

Y entonces pasó otro día y... ¡bueno!... Juan ya no tenía que preocuparse por vestirse ni por peinarse.

¡Pero aún había que hacer tantas otras cosas...!

—¿Me has llamado, príncipe Juan? —preguntó el hada apareciendo, pues había adivinado los pensamientos del principito.

—¿Sabes, hada madrina? —le dijo—. Hay algo que me molesta mucho: todos los días tengo que darle la mano a mucha gente y también tengo que escribir, tengo que sujetar el cuchillo y el tenedor y... ¡se me cansan tanto las manos!... No sé, si tú pudieras hacer algo...

—Di las palabras mágicas y verás cumplido lo que deseas —contestó el hada.

—¡Kikirikí, kikirikó! —cantó el príncipe y:
¡CATAPLÚM!

las manos de Juan se transformaron en un par de pequeñas alas, igual que las alas de un pollo. Aleteó muy contento Juan, moviendo su cresta, y corrió con sus patitas de pollo luciendo sus plumas amarillas.

Ese día se durmió muy temprano, y al siguiente, jugó toda la mañana sin pensar en un nuevo deseo, hasta que llegó la hora del almuerzo. Entonces se acordó del hada.

Y como en los días anteriores, ésta apareció.

—¿Me has llamado, príncipe Juan? —preguntó.

—¡Oh, sí! —exclamó Juan—. ¿Sabes?, me canso mucho al saludar por la mañana y al tener que hablar y hablar durante el día entero. ¡Pero lo peor de todo es a la hora de comer! ¡No te puedes imaginar lo que me cansa masticar la comida, sobre todo la carne!

—Bueno, bueno —sonrió el hada—, creo que te entiendo. Tú ya sabes lo que tienes que decir.

—¡Kikirikí, kikirikó! —gritó Juan y:

¡CATAPLÚM!

donde había estado su boca, le apareció un largo y duro piquito, como el pico de un pollo.

Ahora la felicidad de Juan era completa: ni siquiera tendría que cansarse hablando o masticando.

Corrió feliz. Aleteaba y gritaba “pío, pío, pío.”

Pero algo iba a interrumpir la alegría del pequeño Juan.

En ese momento salía al patio la cocinera, y al verlo corriendo, se le ocurrió que podría preparar una rica cazuela de pollo.

¿Cómo pudo la cocinera creer que Juan era un pollo?

Pues simplemente porque el príncipe Juan, con sus patitas de pollo, sus plumas amarillas de pollo, sus alas, su piquito y su cresta de pollo, parecía un pollo y no un príncipe.

Corría Juan, aleteando asustado, gritando pío—pío, y detrás suyo, con un gran cuchillo, lo perseguía la cocinera.

¿Cómo corría el pobre Juan tratando de no convertirse en cazuela, bastante arrepentido de su flojera! Pero la cocinera era más grande y corría más rápido... y cuando ya lo iba a alcanzar...

¡CATAPLÚM!

apareció el hada madrina, y la detuvo.

Entonces se dirigió a Juan, que se había sentado, agotado por la carrera.

–Bueno, príncipe Juan –le dijo–. ¿Tienes un nuevo deseo?

–Pío, pío, pío, pío –fue todo lo que pudo decir Juan.

Sin embargo, el hada entendió lo que el príncipe quería pedir: estaba tratando de decir que quería volver a ser de nuevo un niño y tener zapatos y tener sus manos y sus pantalones y su pelo y su boca.

–¡Kikirikí, kikirikó! –logró gritar Juan para realizar su último deseo y:

¡CATAPLÚM!

el príncipe Juan volvió a ser el príncipe Juan.

Para el profesor o profesora

Con los cuentos del presente libro el profesor o la profesora podrá trabajar –aparte de los conceptos literarios y de recreación– con actividades complementarias basadas en los valores transversales que en ellos se destacan. La presente obra pretende, por lo tanto, colaborar con los objetivos fundamentales transversales de los nuevos planes y programas del Ministerio de Educación de Chile.

Objetivos fundamentales transversales. Desde primer ciclo de enseñanza básica

En relación a su forma ética:

Se pretende que los alumnos y alumnas desarrollen una capacidad y voluntad para autorregular su conducta en función de una conciencia éticamente formada y llevarles así a:

1. Ejercer de modo responsable grados crecientes de *libertad* dentro del marco del reconocimiento y respeto por la justicia, la verdad, los derechos humanos y el bien común.

Cuento: *María, la niña que volaba*.

2. Ejercer de modo responsable grados crecientes de *autonomía personal* dentro del marco del reconocimiento y respeto por la justicia, la verdad, los derechos humanos y el bien común.

Cuento: *Jugando al monito mayor*.

3. Realizar habitualmente actos de *generosidad*.
Cuento: *El alicanto*.
4. Reconocer, respetar y defender la *igualdad de derechos* esenciales en todas las personas, sin distinción de sexo, edad, condición física, etnia, religión o situación económica.
Cuento: *El chanchito de greda*.

En relación con el crecimiento y la autoafirmación personal

Se pretende estimular rasgos y cualidades potenciales de los estudiantes para conformar y afirmar su identidad personal, favorecer su equilibrio emocional y estimular su interés por la educación permanente como modo de vida. Se espera en los niños y niñas de esta manera:

5. *Afirmar su identidad personal*.
Cuento: *Mancha*.
6. Promover y ejercitar el *desarrollo físico personal* en un contexto de respeto y valoración por la vida y el cuerpo humano.
Cuento: *Las niñas azules*.
7. Promover la *higiene personal* en un contexto de respeto y valoración por la vida y el cuerpo humano.
Cuento: *El día en que todo se detuvo*.
8. Promover el *interés de conocer la realidad*, utilizar el conocimiento y seleccionar información relevante.
Cuento: *Una pequeña discusión*.

9. Desarrollar la *capacidad de resolver problemas*.
Cuento: *Alop, ¿por qué llora la princesita?*
10. Desarrollar la *creatividad*.
Cuento: *Había una vez...*
11. Promover una adecuada *autoestima*, la confianza en sí mismo y un sentido positivo ante la vida.
Cuento: *La piedrecita manchada*.

En relación a la persona y su entorno

Se pretende favorecer una calidad de interacción personal, familiar y nacional; de esta manera se busca llevar a los alumnos y alumnas a:

12. Desarrollar la iniciativa personal valorando la importancia del trabajo como forma de contribución al bien común, al *desarrollo social* y al crecimiento personal.
Cuento: *¿Mi planta de porotos?*
13. Desarrollar el *trabajo en equipo*, valorando la importancia del trabajo como forma de contribución al bien común, al desarrollo social y al crecimiento personal.
Cuento: *La vela*.
14. Desarrollar el *espíritu emprendedor*, valorando la importancia del trabajo como forma de contribución al bien común, al desarrollo social y al crecimiento personal.
Cuento: *El príncipe flojo*.

OBRAS ESCOGIDAS



Los cuentos del presente libro además de entretener y de entregar valores literarios, permiten a profesores y profesoras trabajar en clase los objetivos transversales sugeridos por el Ministerio de Educación, junto a los valores que conllevan. Pueden realizarse actividades complementarias basadas en valores tales como la libertad, la autonomía, la igualdad de derechos, la creatividad y la autoestima, entre otros.

Saúl Schkolnik (1929) nació en Santiago de Chile y es arquitecto y Licenciado en Filosofía. Y aunque un tiempo se dedicó a su profesión, pronto se entregó a la que es su verdadera vocación: la de escribir. Ha publicado numerosas obras, principalmente para niños. Destacan *Cuentos para adolescentes románticos* (1989), *Érase una vez un hermoso planeta llamado Tierra* (1991), premiada por la UNESCO, *Cuentos para sonreír* (1992), *Cuentos de los derechos del niño* (1993), *Cuentos transversales* (2001), *Cuentos para tiritar de miedo* (2002) y *De miedos y pájaros* (2006).

CÓDIGO 6788

I.S.B.N.: 978-956-12-1457-6

